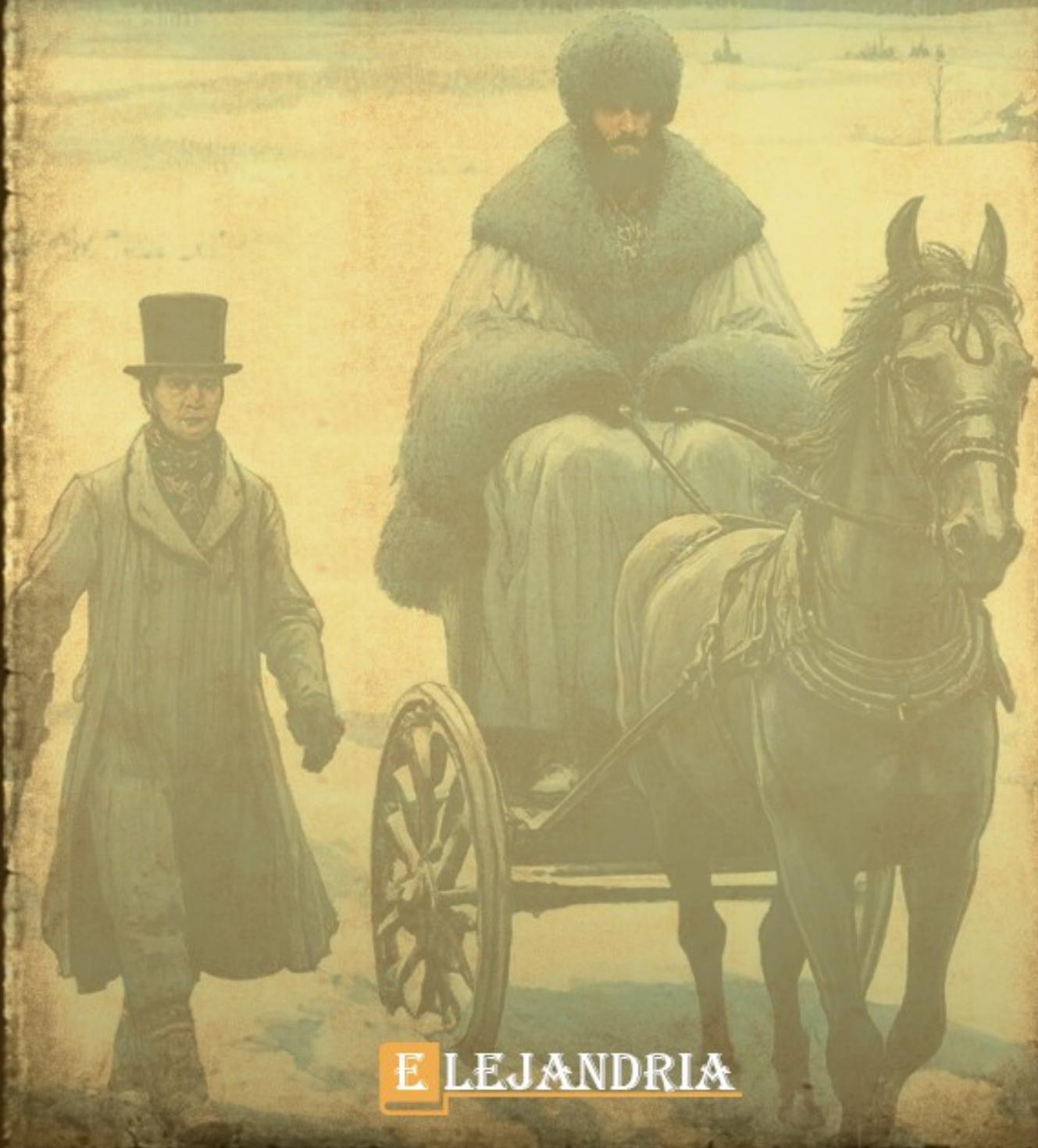


León Tolstói

Amo y Criado



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **AMO Y CRIADO**

**LEÓN TOLSTÓI**

**PUBLICADO: 1895**

**TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA  
ORIGEN: [EN.WIKISOURCE.ORG](http://EN.WIKISOURCE.ORG)**

# CAPÍTULO I

Sucedió en los años setenta en invierno, al día siguiente del Día de San Nicolás. Había una fiesta en la parroquia y el tabernero, Vasili Andreevich Brekhunov, un comerciante de la Segunda Guilda y anciano de la iglesia, tenía que ir a la iglesia y también entretener a sus parientes y amigos en casa.

Pero cuando el último de ellos se había ido, inmediatamente comenzó a prepararse para conducir y ver a un propietario vecino sobre un bosque por el cual había estado negociando durante mucho tiempo. Ahora tenía prisa por comenzar, no fuera que compradores de la ciudad lo adelantaran en hacer una compra rentable.

El joven terrateniente pedía diez mil rublos por el bosque simplemente porque Vasili Andreevich ofrecía siete mil. Sin embargo, siete mil era solo una tercera parte de su valor real. Vasili Andreevich podría haberlo rebajado a su propio precio, ya que los bosques estaban en su distrito y tenía un acuerdo de larga data con otros comerciantes del pueblo de que nadie subiría el precio en el distrito de otro, pero ahora había sabido que algunos comerciantes de madera de la ciudad planeaban hacer una oferta por el bosque de Goryachkin, y resolvió ir inmediatamente a resolver el asunto. Así que, tan pronto como terminó la fiesta, tomó setecientos rublos de su caja fuerte, les añadió dos mil trescientos rublos del dinero de la iglesia que tenía en su poder, para completar la suma a tres mil; contó cuidadosamente los billetes, y habiéndolos puesto en su cartera se apresuró a partir.

Nikita, el único de los trabajadores de Vasili Andreevich que no estaba borracho ese día, corrió a enganchar el caballo. Nikita, aunque un bebedor habitual, no estaba borracho ese día porque desde el último día antes del ayuno, cuando había bebido su abrigo y botas de cuero, había jurado no beber y había mantenido su promesa durante dos meses, y aún la mantenía a pesar de la tentación del vodka que se había bebido en todas partes durante los primeros dos días de la fiesta.

Nikita era un campesino de unos cincuenta años de un pueblo vecino, "no un administrador" como decían de él los campesinos, lo que significaba que no era el prudente cabeza de familia, sino que vivía la mayor parte del tiempo fuera de casa como trabajador. Era valorado en todas partes por su industria, destreza y fuerza en el trabajo, y aún más por su carácter amable y agradable. Pero nunca se establecía en ningún lugar por mucho tiempo porque aproximadamente dos veces al año, o incluso con más frecuencia, tenía una borrachera, y entonces, además de gastar toda su ropa en bebida, se volvía turbulento y pendenciero. Vasili Andreevich mismo lo había despedido varias veces, pero luego lo había vuelto a contratar, valorando su honestidad, su bondad con los animales y especialmente su bajo costo. Vasili Andreevich no le pagaba a Nikita los ochenta rublos al año que valía un hombre así, sino solo unos cuarenta, que le daba al azar, en pequeñas sumas, y eso mayormente no en efectivo sino en bienes de su propia tienda y a precios altos.

La esposa de Nikita, Martha, que una vez había sido una mujer vigorosa y atractiva, manejaba el hogar con la ayuda de su hijo y dos hijas, y no instaba a Nikita a vivir en casa: primero porque ya hacía unos veinte años que vivía con un tonelero, un campesino de otro pueblo que se alojaba en su casa; y en segundo lugar, porque aunque manejaba a su esposo como quería cuando estaba sobrio, le temía como al fuego cuando estaba borracho. Una vez, cuando se había emborrachado en casa, Nikita, probablemente para compensar su sumisión cuando estaba sobrio, abrió su caja, sacó su mejor ropa, agarró un hacha y cortó todas sus prendas interiores y vestidos en pedazos. Todos los salarios que ganaba Nikita iban a su esposa, y él no se oponía a eso. Así que ahora, dos días antes de la fiesta, Martha había ido dos veces a ver a Vasili Andreevich y había obtenido de él harina de trigo, té, azúcar y un cuarto de vodka, todo por un costo de tres rublos, y también

cinco rublos en efectivo, por lo que le agradeció como por un favor especial, aunque le debía a Nikita al menos veinte rublos.

"¿Qué acuerdo hemos hecho contigo?", dijo Vasili Andreevich a Nikita. "Si necesitas algo, tómallo; lo compensarás trabajando. No soy como otros que te hacen esperar, y hacen cuentas y calculan multas. Nos tratamos de manera directa. Tú me sirves y yo no te descuido".

Y al decir esto, Vasili Andreevich estaba sinceramente convencido de que era el benefactor de Nikita, y sabía cómo expresarlo tan plausiblemente que todos aquellos que dependían de él para su dinero, comenzando por Nikita, lo confirmaban en la convicción de que era su benefactor y no los engañaba.

"Sí, entiendo, Vasili Andreevich. Usted sabe que yo le sirvo y me esfuerzo tanto como lo haría por mi propio padre. ¡Entiendo muy bien!", respondería Nikita. Era muy consciente de que Vasili Andreevich lo estaba engañando, pero al mismo tiempo sentía que era inútil tratar de aclarar sus cuentas con él o explicar su punto de vista, y que mientras no tuviera a dónde ir debía aceptar lo que pudiera conseguir.

Ahora, habiendo escuchado la orden de su amo de enganchar, fue como de costumbre alegre y dispuesto al cobertizo, caminando ágil y fácilmente con sus pies un tanto metidos hacia adentro; tomó del clavo la pesada brida de cuero con borlas y, tintineando los anillos del freno, fue al establo cerrado donde estaba el caballo que debía enganchar, solo.

"¿Qué pasa, te sientes solo, te sientes solo, tontito?", dijo Nikita en respuesta al suave relincho con el que fue recibido por el buen temperamento del semental bayo de tamaño mediano, con una grupa algo inclinada, que estaba solo en el cobertizo. "Ahora, ahora, hay tiempo suficiente. Déjame darte agua primero", continuó, hablando al caballo como si entendiera las palabras que usaba, y habiendo sacudido con la falda de su abrigo el polvo-orientado y surcado lomo del bien alimentado joven semental, le puso la brida en su hermosa cabeza, enderezó sus orejas y mechón, y habiéndole quitado su cabestro, lo sacó a beber agua.

Abriéndose paso fuera del establo lleno de estiércol, Mukhorty se animó y, jugueteando con su pata trasera, pretendió que quería patear a Nikita, quien corría al trote junto a él hacia la bomba.

"¡Eh, eh, travieso!", gritó Nikita, sabiendo bien cómo Mukhorty lanzaba su pata trasera solo para tocar su abrigo de piel de oveja grasiento, pero sin golpearlo, un truco que Nikita apreciaba mucho.

Después de beber agua fría, el caballo suspiró, moviendo sus fuertes labios húmedos, de los cuales caían gotas transparentes en el abrevadero; luego, quedándose quieto como si pensara, de repente soltó un fuerte resoplido.

"Si no quieres más, no necesitas. Pero luego no vayas a pedir", dijo Nikita muy en serio y explicando completamente su conducta a Mukhorty. Luego regresó corriendo al cobertizo tirando del jugueteón joven caballo, que quería jugar por todo el patio, por la rienda.

No había nadie más en el patio excepto un extraño, el esposo de la cocinera, que había venido por la fiesta.

"Ve y pregunta qué trineo se va a enganchar, ¿el ancho o el pequeño? ¡Vamos, hombre bueno!"

El esposo de la cocinera entró en la casa, que estaba sobre una fundación de hierro y tenía techo de hierro, y pronto regresó diciendo que se debía enganchar el pequeño. Para entonces, Nikita había puesto el collar y la banda ventral con tachuelas de bronce a Mukhorty y, llevando un ligero arco de varas pintado en una mano, estaba guiando al caballo con la otra hasta dos trineos que estaban en el cobertizo.

"Muy bien, ¡que sea el pequeño!" dijo, colocando al inteligente caballo, que todo el tiempo fingía morderlo, entre los varales, y con la ayuda del esposo de la cocinera procedió a enganchar. Cuando todo estaba casi listo y solo faltaba ajustar las riendas, Nikita envió al otro hombre al cobertizo por algo de paja y al granero por un tapete.

"Allí, ¡eso está bien! Ahora, ahora, ¡no te erices!" dijo Nikita, presionando en el trineo la paja de avena recién trillada que había traído el esposo de la cocinera. "Y ahora extendamos el saco así, y el tapete encima. Así, de esa manera será cómodo sentarse", continuó, adecuando la acción a las palabras y acomodando el tapete alrededor sobre la paja para hacer un asiento.

"Gracias, hombre querido. ¡Las cosas siempre van más rápido con dos trabajando en ello!" añadió. Y recogiendo las riendas de cuero unidas por un anillo de latón, Nikita tomó el asiento del conductor y puso en marcha el

impaciente caballo sobre el estiércol congelado que yacía en el patio, hacia la puerta.

"¡Tío Nikita! Oye, tío, ¡tío!" una voz aguda gritó, y un niño de siete años con un abrigo de piel de oveja negro, botas de fieltro blancas nuevas y un gorro abrigado, corrió apresuradamente de la casa al patio. "¡Llévame contigo!" gritó, abrochándose el abrigo mientras corría.

"Está bien, ven, cariño!" dijo Nikita, y deteniendo el trineo levantó al hijo delgaducho y pálido del amo, radiante de alegría, y salió a la carretera.

Eran más de las dos de la tarde y el día estaba ventoso, sombrío y frío, con más de veinte grados Fahrenheit bajo cero. La mitad del cielo estaba oculta por una oscura nube baja. En el patio estaba tranquilo, pero en la calle se sentía más el viento. La nieve barrida de un cobertizo vecino giraba en el rincón cerca del baño.

Apenas Nikita había salido del patio y girado la cabeza del caballo hacia la casa, cuando Vasili Andreevich salió del alto porche frente a la casa con un cigarrillo en la boca y vistiendo un abrigo de piel de oveja cubierto de tela fuertemente ceñido bajo su cintura, y pisó la nieve dura que crujía bajo las suelas de cuero de sus botas de fieltro, y se detuvo. Dando una última calada a su cigarrillo lo tiró, lo pisó, y dejando escapar el humo a través de su bigote y mirando de reojo al caballo que se acercaba, comenzó a meter el cuello de su abrigo de piel de oveja por ambos lados de su rostro rubicundo, afeitado excepto por el bigote, para que su aliento no humedeciera el cuello.

"¡Mira ahora! ¡El joven granuja ya está allí!" exclamó cuando vio a su pequeño hijo en el trineo. Vasili Andreevich estaba emocionado por el vodka que había bebido con sus visitantes, y por eso estaba aún más complacido de lo habitual con todo lo que era suyo y todo lo que hacía. La vista de su hijo, a quien siempre consideraba como su heredero, ahora le daba una gran satisfacción. Lo miró, entrecerrando los ojos y mostrando sus largos dientes.

Su esposa, embarazada, delgada y pálida, con la cabeza y los hombros envueltos en un chal de modo que solo se podían ver sus ojos, estaba detrás de él en el vestíbulo para despedirlo.

"Realmente, deberías llevar a Nikita contigo", dijo ella tímidamente, saliendo de la puerta.

Vasili Andreevich no respondió. Sus palabras evidentemente lo molestaron y frunció el ceño con enfado y escupió.

"Tienes dinero contigo", continuó ella con la misma voz suplicante. "¿Y si empeora el tiempo? ¡Por favor, llévalo!"

"¿Por qué? ¿No conozco el camino que necesito llevar un guía?" exclamó Vasili Andreevich, pronunciando cada palabra muy claramente y comprimiendo sus labios de manera antinatural, como solía hacer cuando hablaba con compradores y vendedores.

"Realmente deberías llevarlo. Te lo ruego en nombre de Dios", repitió su esposa, envolviéndose más estrechamente en su chal.

"¡Ahí está, se aferra como una sanguijuela! ... ¿Dónde se supone que lo lleve?"

"Estoy completamente listo para ir contigo, Vasili Andreevich", dijo Nikita alegremente. "Pero deben alimentar a los caballos mientras estoy fuera", añadió, volviéndose hacia la esposa de su amo.

"Yo me ocuparé de ellos, querido Nikita. Se lo diré a Simón", respondió la señora.

"Bueno, Vasili Andreevich, ¿voy contigo?" dijo Nikita, esperando una decisión.

"Parece que debo complacer a mi vieja. Pero si vienes, sería mejor que te pusieras un abrigo más cálido", dijo Vasili Andreevich, sonriendo nuevamente al ver el corto abrigo de piel de oveja de Nikita, que estaba roto bajo los brazos y en la espalda, grasiento y deformado, deshilachado hasta formar un fleco alrededor del borde, y que había soportado muchas cosas en su vida.

"¡Eh, hombre querido, ven y sostén el caballo!" gritó Nikita al esposo de la cocinera, que todavía estaba en el patio.

"No, yo mismo, ¡yo mismo!" chilló el niño pequeño, sacando sus manos rojas de frío de sus bolsillos y agarrando las frías riendas de cuero.

"¡Pero no tardes mucho en vestirte! ¡Date prisa!" gritó Vasili Andreevich, sonriendo a Nikita.

"Solo un momento, Padre, Vasili Andreevich", respondió Nikita, y corriendo rápidamente con sus pies metidos hacia adentro en sus botas de fieltro con suelas parchadas con fieltro, se apresuró a cruzar el patio y entrar en la cabaña de los trabajadores.

"¡Arinushka! Baja mi abrigo del estufa. Voy con el amo", dijo, al entrar en la cabaña y tomar su cinturón del clavo en el que colgaba.

La cocinera de los trabajadores, que había dormido una siesta después del almuerzo y ahora estaba preparando el samovar para su esposo, se volvió alegremente hacia Nikita, y contagiada por su prisa, comenzó a moverse tan rápido como él, bajó su miserable abrigo de tela desgastado del estufa donde se secaba, y comenzó a sacudirlo y alisarlo apresuradamente.

"Ahora sí, tendrás la oportunidad de pasar un día festivo con tu buen hombre", dijo Nikita, quien por cortesía amable siempre decía algo a cualquier persona con la que estaba solo.

Luego, ajustándose su estrecho cinturón desgastado, inhaló, hundiendo aún más su delgado estómago, y se ciñó tan fuerte como pudo sobre su abrigo de piel de oveja.

"Ahora sí", dijo, dirigiéndose ya no a la cocinera sino al cinturón, mientras metía los extremos en la cintura, "¡ahora no te soltarás!" Y moviendo los hombros hacia arriba y hacia abajo para liberar sus brazos, se puso el abrigo sobre el de piel de oveja, arqueó más fuertemente su espalda para aliviar sus brazos, se pellizcó debajo de las axilas y tomó sus mitones forrados de cuero del estante. "¡Ahora estamos bien!"

"Deberías envolvete los pies, Nikita. Tus botas están muy mal".

Nikita se detuvo como si de repente se hubiera dado cuenta de esto.

"Sí, debería... Pero así estarán bien. ¡No está lejos!" y salió corriendo al patio.

"¿No tendrás frío, Nikita?" dijo la señora cuando se acercó al trineo.

"¿Frío? No, estoy bastante abrigado", respondió Nikita mientras empujaba un poco de paja hacia la parte delantera del trineo para que cubriera sus pies, y guardaba el látigo, que el buen caballo no necesitaría, en el fondo del trineo.

Vasili Andreevich, que llevaba dos abrigos forrados de piel uno sobre el otro, ya estaba en el trineo, su amplia espalda ocupando casi todo el ancho redondeado, y tomando las riendas inmediatamente tocó al caballo. Nikita saltó justo cuando el trineo se puso en marcha y se sentó al frente en el lado izquierdo, con una pierna colgando sobre el borde.

## CAPÍTULO II

El buen semental llevaba el trineo a buen ritmo por el camino liso y congelado a través del pueblo, con los patines del trineo chirriando ligeramente al avanzar.

"¡Mira cómo se cuelga ahí! Pásame el látigo, Nikita", gritó Vasili Andreevich, evidentemente disfrutando la vista de su "heredero", que de pie sobre los patines se colgaba en la parte trasera del trineo. "¡Te voy a dar! ¡Vete con mamá, perro!"

El niño saltó. El caballo aumentó su trote y, cambiando de paso de repente, rompió en un trote rápido.

Los Cruces, el pueblo donde vivía Vasili Andreevich, consistía en seis casas. Tan pronto como pasaron la cabaña del herrero, la última en el pueblo, se dieron cuenta de que el viento era mucho más fuerte de lo que habían pensado. El camino apenas se veía. Las huellas dejadas por los patines del trineo se cubrían inmediatamente con nieve y el camino solo se distinguía por el hecho de que estaba más alto que el resto del terreno. Había un remolino de nieve sobre los campos y la línea donde el cielo y la tierra se encontraban no se podía ver. El bosque de Telyatin, normalmente claramente visible, ahora solo aparecía ocasionalmente y débilmente a través del polvo de nieve. El viento venía desde la izquierda, soplando insistentemente hacia un lado la melena sobre el elegante cuello de Mukhorty y llevándose incluso su esponjosa cola, que estaba atada en un simple nudo. El amplio cuello del abrigo de Nikita, ya que estaba sentado del lado del viento, se presionaba cerca de su mejilla y nariz.

"Este camino no le da oportunidad, está demasiado nevado", dijo Vasili Andreevich, quien se enorgullecía de su buen caballo. "Una vez fui a Pashutino con él en media hora".

"¿Qué?" preguntó Nikita, que no podía oír debido a su cuello.

"Digo que una vez fui a Pashutino en media hora", gritó Vasili Andreevich.

"Está claro que es un buen caballo", respondió Nikita.

Estuvieron en silencio por un rato. Pero Vasili Andreevich quería hablar.

"Bueno, ¿le dijiste a tu esposa que no le diera vodka al tonelero?" comenzó con el mismo tono alto, completamente convencido de que Nikita debía sentirse halagado al estar hablando con una persona tan inteligente e importante como él, y estaba tan complacido con su broma que no se le pasó por la cabeza que el comentario podría ser desagradable para Nikita.

El viento nuevamente impidió que Nikita oyera las palabras de su amo.

Vasili Andreevich repitió la broma sobre el tonelero con su voz alta y clara.

"Eso es asunto de ellos, Vasili Andreevich. No me entrometo en sus asuntos. Mientras no maltrate a nuestro niño, que Dios esté con ellos".

"Así es", dijo Vasili Andreevich. "Bueno, ¿y comprarás un caballo en primavera?" continuó, cambiando de tema.

"Sí, no puedo evitarlo", respondió Nikita, bajando su cuello y recostándose hacia su amo.

La conversación ahora se volvió interesante para él y no quería perderse ni una palabra.

"El chico está creciendo. Debe comenzar a arar por sí mismo, pero hasta ahora siempre hemos tenido que contratar a alguien", dijo.

"Bueno, ¿por qué no tomar el de la grupa delgada? No cobraré mucho por él", gritó Vasili Andreevich, sintiéndose animado y, por consiguiente, comenzando su ocupación favorita, la compraventa de caballos, que absorbía todas sus capacidades mentales.

"O podrías darme quince rublos y yo compraré uno en el mercado de caballos", dijo Nikita, quien sabía que el caballo que Vasili Andreevich quería venderle costaría caro a siete rublos, pero si lo tomaba de él, se lo cobrarían a veinticinco, y entonces no podría sacar dinero durante medio año.

"Es un buen caballo. Pienso en tu interés como en el mío propio, con conciencia. Brekhunov no es hombre de perjudicar a nadie. Que la pérdida sea mía. No soy como los demás. ¡De verdad!" gritó con la voz con la que hipnotizaba a sus clientes y comerciantes. "Es un caballo realmente bueno".

"Así es", dijo Nikita con un suspiro, y convencido de que no había nada más que escuchar, volvió a soltar su cuello, que inmediatamente cubrió su oreja y rostro.

Continuaron conduciendo en silencio durante aproximadamente media hora. El viento soplaba agudamente sobre el lado y el brazo de Nikita donde su piel de oveja estaba rasgada.

Se encogió y respiró en el cuello que cubría su boca, y no tenía mucho frío.

"¿Qué piensas, iremos por Karamyshevo o por el camino directo?" preguntó Vasili Andreevich.

El camino por Karamyshevo era más transitado y estaba bien marcado con una doble fila de altas estacas. El camino directo era más cercano, pero poco usado y no tenía estacas, o solo algunas pobres cubiertas de nieve.

Nikita pensó por un momento.

"Aunque Karamyshevo está más lejos, es mejor camino", dijo.

"Pero por el camino directo, una vez que pasemos la depresión junto al bosque, es buen camino, resguardado", dijo Vasili Andreevich, que quería ir por el camino más corto.

"Como usted quiera", dijo Nikita, y nuevamente soltó su cuello.

Vasili Andreevich hizo lo que había dicho, y habiendo recorrido aproximadamente media verstá llegó a una alta estaca de roble que todavía tenía algunas hojas secas colgando de ella, y allí giró a la izquierda.

Al girar se enfrentaron directamente al viento, y comenzó a caer nieve. Vasili Andreevich, que conducía, infló sus mejillas, soplando el aire a través

de su bigote. Nikita se quedó dormitando.

Así continuaron en silencio durante unos diez minutos. De repente, Vasili Andreevich comenzó a decir algo.

"Eh, ¿qué?" preguntó Nikita, abriendo los ojos.

Vasili Andreevich no respondió, sino que se inclinó, mirando detrás de ellos y luego adelante del caballo. El sudor había rizado el pelaje de Mukhorty entre sus piernas y en su cuello. Avanzaba al paso.

"¿Qué pasa?" preguntó Nikita de nuevo.

"¿Qué pasa? ¿Qué pasa?" imitó Vasili Andreevich enojado. "¡No se ven estacas! ¡Debemos habernos salido del camino!"

"Bueno, detente y yo lo buscaré", dijo Nikita, y bajando ágilmente del trineo y tomando el látigo de debajo de la paja, se fue hacia la izquierda desde su lado del trineo.

La nieve no era profunda ese año, por lo que era posible caminar en cualquier lugar, pero aún así en algunos lugares llegaba hasta las rodillas y entraba en las botas de Nikita. Fue caminando y sintiendo el suelo con sus pies y el látigo, pero no pudo encontrar el camino en ninguna parte.

"Bueno, ¿cómo está?" preguntó Vasili Andreevich cuando Nikita regresó al trineo.

"No hay camino de este lado. Tengo que ir al otro lado y probar allí", dijo Nikita.

"Hay algo allí al frente. Ve y échale un vistazo".

Nikita fue hacia lo que parecía oscuro, pero descubrió que era tierra que el viento había soplado desde los campos descubiertos de avena de invierno y había esparcido sobre la nieve, tiñéndola. Habiendo buscado también a la derecha, regresó al trineo, se sacudió la nieve de su abrigo, la sacudió de sus botas y volvió a sentarse.

"Debemos ir a la derecha", dijo con decisión. "El viento soplaba a nuestra izquierda antes, pero ahora está justo en mi cara. Conduce a la derecha", repitió con decisión.

Vasili Andreevich siguió su consejo y giró a la derecha, pero todavía no había camino. Continuaron en esa dirección durante algún tiempo. El viento era tan feroz como siempre y nevaba ligeramente.

"Parece, Vasili Andreevich, que nos hemos desviado completamente", comentó Nikita de repente, como si fuera algo agradable. "¿Qué es eso?" añadió, señalando algunas enredaderas de papa que sobresalían de debajo de la nieve.

Vasili Andreevich detuvo al caballo sudoroso, cuyos profundos costados se agitaban pesadamente.

"¿Qué es eso?"

"Pues estamos en las tierras de Zakharov. ¡Mira dónde hemos llegado!"

"¡Tonterías!" replicó Vasili Andreevich.

"No son tonterías, Vasili Andreevich. Es la verdad", respondió Nikita. "Se puede sentir que el trineo va sobre un campo de patatas, y ahí están los montones de enredaderas que han sido acarreados aquí. Son las tierras de la fábrica Zakharov."

"¡Vaya cómo nos hemos desviado!" dijo Vasili Andreevich. "¿Qué hacemos ahora?"

"Debemos seguir recto, eso es todo. Saldrá en algún lugar, si no en Zakharova, entonces en la granja del propietario", dijo Nikita.

Vasili Andreevich estuvo de acuerdo y condujo como Nikita había indicado. Así continuaron durante un tiempo considerable. A veces llegaban a campos descubiertos y los patines del trineo resonaban sobre terrones de tierra congelada. A veces llegaban a un campo de centeno de invierno, o un campo en barbecho en el que podían ver tallos de ajeno, y pajas que sobresalían a través de la nieve y se balanceaban con el viento; a veces llegaban a nieve profunda y uniforme, sobre la cual no se veía nada.

La nieve caía desde arriba y a veces se levantaba desde abajo. El caballo estaba evidentemente exhausto, su pelaje se había rizado todo por el sudor y estaba cubierto de escarcha, y avanzaba al paso. De repente tropezó y se sentó en una zanja o cauce de agua. Vasili Andreevich quería detenerse, pero Nikita le gritó:

"¿Por qué parar? Entramos y debemos salir. ¡Eh, mascota! ¡Eh, cariño! ¡Arre, viejo!" gritó con un tono alegre al caballo, saltando del trineo y quedándose él mismo atascado en la zanja.

El caballo se sobresaltó y rápidamente subió a la orilla congelada. Era evidentemente una zanja que había sido cavada allí.

"¿Dónde estamos ahora?" preguntó Vasili Andreevich.

"¡Pronto lo descubriremos!" respondió Nikita. "Sigue adelante, llegaremos a algún lugar."

"¡Esto debe ser el bosque de Goryachkin!" dijo Vasili Andreevich, señalando algo oscuro que aparecía entre la nieve frente a ellos.

"Veremos qué bosque es cuando lleguemos", dijo Nikita.

Vio que junto a la cosa negra que habían notado, hojas secas y alargadas de sauce revoloteaban, por lo que supo que no era un bosque sino un asentamiento, pero no quiso decirlo. Y de hecho, no habían recorrido veinticinco yardas más allá de la zanja cuando algo frente a ellos, evidentemente árboles, se mostró negro, y escucharon un sonido nuevo y melancólico. Nikita había adivinado bien: no era un bosque, sino una hilera de altos sauces con algunas hojas aún revoloteando en ellos aquí y allá. Evidentemente habían sido plantados a lo largo de la zanja alrededor de una era. Al acercarse a los sauces, que gemían tristemente con el viento, el caballo de repente plantó sus patas delanteras por encima de la altura del trineo, levantó también sus patas traseras, tirando del trineo a terreno más alto, y giró a la izquierda, sin hundirse más hasta las rodillas en la nieve. Habían vuelto a un camino.

"Bueno, aquí estamos, ¡pero solo el cielo sabe dónde!" dijo Nikita.

El caballo se mantuvo recto a lo largo del camino a través de la nieve acumulada, y antes de que hubieran recorrido otras cien yardas, la línea recta de la oscura pared de mimbre de un granero se mostró negra frente a ellos, su techo cubierto pesadamente de nieve que caía de él. Después de pasar el granero, el camino giró hacia el viento y entraron en una ventisca. Pero delante de ellos había un carril con casas a ambos lados, así que evidentemente la nieve había sido soplada a través del camino y tenían que conducir a través de la ventisca. Y así fue en realidad. Después de conducir a través de la nieve, salieron a una calle. En la última casa del pueblo, algunas ropas congeladas colgando en una cuerda —camisas, una roja y otra

blanca, pantalones, vendas para las piernas y un enagua— ondeaban salvajemente con el viento. La camisa blanca en particular luchaba desesperadamente, agitando sus mangas.

"Ahí está, o una mujer perezosa o una muerta no ha recogido su ropa antes de la fiesta", comentó Nikita, mirando las camisas ondeando.

## CAPÍTULO III

En la entrada de la calle, el viento aún arreciaba y el camino estaba cubierto de nieve, pero dentro del pueblo estaba tranquilo, cálido y alegre. En una casa un perro ladraba, en otra una mujer, cubriéndose la cabeza con su abrigo, corría de algún lugar y entraba en la puerta de una cabaña, deteniéndose en el umbral para mirar el trineo que pasaba. En medio del pueblo se escuchaban cantar a las chicas.

Aquí en el pueblo parecía haber menos viento y nieve, y la helada era menos intensa.

— ¡Pero si esto es Grishkino! — dijo Vasili Andreevich.

— Así es — respondió Nikita.

Realmente era Grishkino, lo que significaba que habían ido demasiado a la izquierda y habían recorrido unas seis millas, no exactamente en la dirección que buscaban, pero aun así hacia su destino.

De Grishkino a Goryachkin había unas cuatro millas más.

En medio del pueblo casi chocaron con un hombre alto que caminaba por el centro de la calle.

— ¿Quién eres? — gritó el hombre, deteniendo el caballo, y al reconocer a Vasili Andreevich, tomó el eje del trineo, avanzó mano sobre mano hasta llegar al trineo y se colocó en el asiento del conductor.

Era Isay, un campesino conocido de Vasili Andreevich, conocido por ser el principal ladrón de caballos del distrito.

— ¡Ah, Vasili Andreevich! ¿Adónde vas? —dijo Isay, envolviendo a Nikita en el olor del vodka que había bebido.

— Íbamos a Goryachkin.

— ¡Y mira a dónde has llegado! Deberías haber pasado por Molchanovka.

— Debería, pero no lo logré —dijo Vasili Andreevich, sujetando al caballo.

— Ese es un buen caballo —dijo Isay, con una mirada astuta hacia Mukhorty, y con una mano experta ajustó el nudo suelto en la cola espesa del caballo.

— ¿Vas a quedarte a pasar la noche?

— No, amigo. Debo seguir.

— Tu negocio debe ser urgente. ¿Y quién es este? ¡Ah, Nikita Stepanych!

— ¿Quién más? —respondió Nikita—. Pero dime, buen amigo, ¿cómo evitamos perdernos de nuevo?

— ¿Dónde puedes perderte aquí? Da la vuelta recto por la calle y luego, cuando salgas, sigue recto. No tomes a la izquierda. Saldrás a la carretera principal, y luego gira a la derecha.

— ¿Y dónde nos desviamos de la carretera principal? ¿Como en verano, o el camino de invierno? —preguntó Nikita.

— El camino de invierno. Tan pronto como te desvíes, verás unos arbus-tos, y frente a ellos hay una señal: un gran roble, uno con ramas, y ese es el camino.

Vasili Andreevich giró el caballo y condujo por las afueras del pueblo.

— ¿Por qué no quedarse a pasar la noche? —les gritó Isay.

Pero Vasili Andreevich no respondió y tocó al caballo. Cuatro millas de buen camino, dos de las cuales pasaban por el bosque, parecían fáciles de manejar, especialmente porque el viento aparentemente estaba más tranquilo y la nieve había cesado.

Habiendo conducido por la calle transitada del pueblo, oscurecida aquí y allá por estiércol fresco, pasaron por el patio donde colgaban la ropa y donde la camisa blanca se había soltado y ahora estaba sujeta solo por una man-

ga congelada, nuevamente llegaron al sonido del extraño gemido de los sauces, y nuevamente salieron a los campos abiertos. La tormenta, lejos de cesar, parecía haberse intensificado. El camino estaba completamente cubierto de nieve arrastrada, y solo las estacas mostraban que no habían perdido el camino. Pero incluso las estacas delante de ellos no eran fáciles de ver, ya que el viento soplaba en sus caras.

Vasili Andreevich entrecerró los ojos, inclinó la cabeza y buscó las señales del camino, pero confiaba principalmente en la sagacidad del caballo, dejándolo tomar su propio camino. Y el caballo realmente no perdió el camino, sino que siguió sus giros, girando ahora a la derecha y ahora a la izquierda y sintiéndolo bajo sus pies, de modo que, aunque la nieve caía más espesa y el viento se fortalecía, seguían viendo señales del camino ahora a la izquierda y ahora a la derecha de ellos.

Así viajaron durante unos diez minutos, cuando de repente, a través de la pantalla inclinada de la nieve arrastrada por el viento, apareció algo negro que se movía frente al caballo.

Era otro trineo con compañeros de viaje. Mukhorty los alcanzó y golpeó con sus cascos la parte trasera del trineo que tenían delante.

— ¡Pasa... oye tú... ve al frente! — gritaron voces desde el trineo.

Vasili Andreevich se desvió para adelantar el otro trineo.

En él iban tres hombres y una mujer, evidentemente visitantes que regresaban de una fiesta. Un campesino azotaba la grupa cubierta de nieve de su pequeño caballo con una larga vara, y los otros dos sentados al frente agitaban los brazos y gritaban algo. La mujer, completamente envuelta y cubierta de nieve, dormitaba y se golpeaba en la parte trasera.

— ¿Quién eres? — gritó Vasili Andreevich.

— De A-a-a... — fue todo lo que se pudo escuchar.

— ¡Oye, de dónde vienes?

— De A-a-a-a! — gritó uno de los campesinos con todas sus fuerzas, pero aún así era imposible entender quiénes eran.

— ¡Sigue adelante! ¡Mantén el ritmo! — gritó otro, azotando incesantemente a su caballo con la vara.

—¿Entonces vienes de una fiesta, parece?

—¡Vamos, vamos! ¡Más rápido, Simón! ¡Ve al frente! ¡Más rápido!

Las alas de los trineos se golpearon entre sí, casi se atascaron pero lograron separarse, y el trineo de los campesinos comenzó a quedarse atrás.

Su caballo peludo y barrigón, todo cubierto de nieve, respiraba pesadamente bajo el bajo arco del eje y, evidentemente usando sus últimas fuerzas, intentaba en vano escapar del látigo, cojeando con sus patas cortas a través de la nieve profunda que arrojaba hacia arriba.

Su hocico, de aspecto joven, con el labio inferior levantado como el de un pez, las fosas nasales dilatadas y las orejas presionadas hacia atrás por el miedo, se mantuvo durante unos segundos cerca del hombro de Nikita y luego comenzó a quedarse atrás.

—¡Mira lo que hace el licor! —dijo Nikita—. Han cansado a ese pequeño caballo hasta la muerte. ¡Qué paganos!

Durante unos minutos escucharon el jadeo del pequeño caballo cansado y los gritos borrachos de los campesinos. Luego, el jadeo y los gritos se desvanecieron, y a su alrededor no se escuchaba nada más que el silbido del viento en sus oídos y de vez en cuando el chirrido de los patines del trineo sobre una parte del camino barrida por el viento.

Este encuentro animó y alegró a Vasili Andreevich, y continuó conduciendo con más audacia sin examinar las señales del camino, instando al caballo y confiando en él.

Nikita no tenía nada que hacer, y como de costumbre en tales circunstancias, dormitaba, recuperando el tiempo sin dormir. De repente, el caballo se detuvo y Nikita casi se cayó hacia adelante.

—¡Sabes que nos hemos desviado del camino otra vez! —dijo Vasili Andreevich.

—¿Cómo es eso?

—Pues no se ven señales del camino. Debemos habernos desviado de nuevo.

—Bueno, si hemos perdido el camino debemos encontrarlo —dijo Nikita secamente, y bajándose del trineo y caminando ligeramente sobre sus pies

torcidos hacia adentro, comenzó a caminar una vez más sobre la nieve.

Caminó durante mucho tiempo, ahora desapareciendo y ahora reapareciendo, y finalmente regresó.

—No hay camino aquí. Puede haberlo más adelante —dijo, subiendo al trineo.

Ya estaba oscureciendo. La tormenta de nieve no había aumentado, pero tampoco había disminuido.

—¡Si tan solo pudiéramos escuchar a esos campesinos! —dijo Vasili Andreevich.

—Bueno, no nos han alcanzado. Debemos haber ido muy lejos. O tal vez ellos también se han perdido.

—¿A dónde vamos entonces? —preguntó Vasili Andreevich.

—Pues, debemos dejar que el caballo tome su propio camino —dijo Nikita—. Él nos llevará bien. Déjame las riendas.

Vasili Andreevich le entregó las riendas, con más gusto porque sus manos comenzaban a sentir frío dentro de sus gruesos guantes.

Nikita tomó las riendas, pero solo las sostuvo, tratando de no agitarlas y alegrándose de la sagacidad de su favorito. Y de hecho, el inteligente caballo, girando primero una oreja y luego la

otra ahora hacia un lado y luego hacia el otro, comenzó a girar.

—Lo único que no puede hacer es hablar —decía Nikita—. ¡Mira lo que está haciendo! ¡Vamos, vamos! Tú sabes mejor. ¡Eso es, eso es!

El viento ahora soplaba desde atrás y se sentía más cálido.

—Sí, es inteligente —continuó Nikita, admirando al caballo—. Un caballo kirguís es fuerte pero estúpido. Pero este, ¡mira lo que hace con sus orejas! No necesita telégrafo. Puede oler a una milla de distancia.

Antes de que pasara otra media hora vieron algo oscuro frente a ellos, un bosque o un pueblo, y las estacas aparecieron nuevamente a la derecha. Evidentemente habían vuelto a salir al camino.

—¡Pero si eso es Grishkino otra vez! —exclamó Nikita de repente.

Y en efecto, allí a su izquierda estaba el mismo granero con la nieve volando desde él, y más adelante en la misma línea con la ropa congelada, camisas y pantalones, que aún ondeaban desesperadamente al viento.

Nuevamente entraron en la calle y nuevamente se volvió tranquilo, cálido y alegre, y nuevamente podían ver la calle manchada de estiércol y escuchar voces y canciones y el ladrido de un perro. Ya estaba tan oscuro que había luces en algunas de las ventanas.

A mitad del pueblo, Vasili Andreevich giró el caballo hacia una gran casa de ladrillo con doble fachada y se detuvo en el porche.

Nikita fue a la ventana iluminada y cubierta de nieve, en cuyos rayos las copos de nieve volaban y brillaban, y golpeó en ella con su látigo.

—¿Quién es? —una voz respondió a su golpe.

—De Kresty, los Brekhunov, querido amigo —respondió Nikita—. Solo sal un momento.

Alguien se movió desde la ventana, y uno o dos minutos después se escuchó el sonido de la puerta del pasillo al despegarse, luego el pestillo de la puerta exterior hizo clic y un alto campesino de barba blanca, con un abrigo de piel de oveja sobre su blanca camisa de fiesta, salió sosteniendo la puerta firmemente contra el viento, seguido de un muchacho con una camisa roja y botas altas de cuero.

—¿Eres tú, Andreevich? —preguntó el viejo.

—Sí, amigo, nos hemos perdido —dijo Vasili Andreevich—. Queríamos llegar a Goryachkin pero nos encontramos aquí. Fuimos una segunda vez pero volvimos a perder el camino.

—¡Mira cómo te has perdido! —dijo el viejo—. ¡Petrushka, ve y abre la puerta! —añadió, volviéndose hacia el muchacho de la camisa roja.

—Está bien —dijo el muchacho con voz alegre, y corrió de regreso al pasillo.

—Pero no nos quedaremos a pasar la noche —dijo Vasili Andreevich.

—¿A dónde irás en la noche? ¡Es mejor que te quedes!

—Me encantaría, pero debo seguir. Es un asunto urgente y no se puede evitar.

—Bueno, al menos caliéntate. El samovar está listo.

—¿Calentarme? Sí, lo haré —dijo Vasili Andreevich—. No se pondrá más oscuro. La luna saldrá y habrá más luz. Vamos a entrar y calentarnos, Nikita.

—Bueno, ¿por qué no? Calentémonos —respondió Nikita, que estaba tieso de frío y ansioso por calentar sus miembros congelados.

Vasili Andreevich entró en la habitación con el viejo, y Nikita condujo por la puerta que Petrushka le había abierto, siguiendo su consejo y respaldando al caballo bajo el cobertizo. El suelo estaba cubierto de estiércol y el alto arco sobre la cabeza del caballo golpeó contra la viga. Las gallinas y el gallo ya se habían acomodado para dormir allí y cloqueaban irritadas, aferrándose a la viga con sus garras. Las ovejas asustadas se apartaron y corrieron, pisoteando el estiércol congelado con sus pezuñas. El perro ladró desesperadamente de miedo y enojo y luego comenzó a ladrar como un cachorro al extraño.

Nikita habló con todos ellos, se disculpó con las aves y les aseguró que no las molestaría de nuevo, reprendió a las ovejas por asustarse sin saber por qué y siguió tranquilizando al perro, mientras ataba al caballo.

—Ahora estará todo bien —dijo, sacudiendo la nieve de su ropa—. ¡Mira cómo ladra! —añadió, volviéndose hacia el perro—. ¡Cállate, estúpido! Cállate. Solo te estás preocupando por nada. No somos ladrones, somos amigos...

—Y estos son, se dice, los tres consejeros domésticos —comentó el muchacho, y con sus fuertes brazos empujó el trineo que había quedado afuera bajo el techo del cobertizo.

—¿Por qué consejeros? —preguntó Nikita.

—Eso es lo que está impreso en Paulson. Un ladrón se acerca a una casa, el perro ladra, eso significa "¡Estén alerta!" El gallo canta, eso significa "¡Levántense!" La gata se lame, eso significa "Un invitado bienvenido está llegando. ¡Prepárense para recibirlo!" —dijo el muchacho con una sonrisa.

Petrushka sabía leer y escribir y conocía casi de memoria el libro de Paulson, su único libro, y le gustaba citar dichos de él que pensaba que se ajustaban a la ocasión, especialmente cuando había bebido algo, como hoy.

—Así es —dijo Nikita.

—Debes estar congelado hasta los huesos —dijo Petrushka.

—Sí, un poco —dijo Nikita, y cruzaron el patio y el pasillo hacia la casa.

## CAPÍTULO IV

El hogar al que había llegado Vasili Andreevich era uno de los más ricos del pueblo. La familia tenía cinco lotes, además de alquilar otras tierras. Tenían seis caballos, tres vacas, dos terneros y unas veinte ovejas. Había veintidós miembros en el hogar: cuatro hijos casados, seis nietos (uno de los cuales, Petrushka, estaba casado), dos bisnietos, tres huérfanos y cuatro nueras con sus bebés. Era uno de los pocos hogares que aún no se habían dividido, pero incluso aquí el lento trabajo interno de desintegración que inevitablemente llevaría a la separación ya había comenzado, como de costumbre entre las mujeres. Dos hijos vivían en Moscú como aguadores y uno estaba en el ejército. En casa ahora estaban el anciano y su esposa, su segundo hijo que administraba el hogar, el mayor que había venido de Moscú para la fiesta, y todas las mujeres y niños. Además de estos miembros de la familia, había un visitante, un vecino que era padrino de uno de los niños.

Sobre la mesa en la habitación colgaba una lámpara con pantalla, que iluminaba brillantemente los utensilios de té, una botella de vodka y algunos refrigerios, además de iluminar las paredes de ladrillo, que en la esquina lejana estaban decoradas con íconos y, a ambos lados de estos, con cuadros. En la cabecera de la mesa estaba sentado Vasili Andreevich con un abrigo de piel de oveja negra, chupando su bigote congelado y observando la habitación y a las personas a su alrededor con sus prominentes ojos de halcón. Con él estaba el viejo, calvo y de barba blanca dueño de la casa, con una camisa de lino blanco hecha en casa, y a su lado el hijo que había venido de Moscú para la fiesta, un hombre de espalda robusta y hombros poderosos, vestido con una camisa de tela fina, luego el segundo hijo, también de hom-

bros anchos, que actuaba como cabeza de la casa, y después un campesino delgado y pelirrojo, el vecino.

Habiendo tomado un trago de vodka y algo de comer, estaban a punto de tomar té, y el samovar que estaba en el suelo junto al horno de ladrillo ya estaba zumbando. Se veían niños en las literas superiores y sobre el horno. Una mujer se sentaba en una litera inferior con una cuna a su lado. La anciana ama de casa, con la cara cubierta de arrugas que incluso arrugaban sus labios, estaba atendiendo a Vasili Andreevich.

Cuando Nikita entró a la casa, ella le estaba ofreciendo a su invitado un pequeño vaso grueso que acababa de llenar con vodka.

—No lo rechaces, Vasili Andreevich, no debes hacerlo. Deseamos una feliz fiesta. Bébelo, querido —dijo.

La vista y el olor del vodka, especialmente ahora que estaba completamente congelado y cansado, perturbaban mucho la mente de Nikita. Frunció el ceño y, sacudiendo la nieve de su gorro y abrigo, se detuvo frente a los íconos como si no viera a nadie, se persignó tres veces y se inclinó ante los íconos. Luego, volviéndose hacia el anciano dueño de la casa y saludándolo primero a él, luego a todos en la mesa, luego a las mujeres que estaban junto al horno, y murmurando: —¡Feliz fiesta!— comenzó a quitarse sus cosas exteriores sin mirar la mesa.

—¡Vaya, estás cubierto de escarcha, viejo! —dijo el hermano mayor, mirando la cara, los ojos y la barba cubiertos de nieve de Nikita.

Nikita se quitó el abrigo, lo sacudió de nuevo, lo colgó junto al horno y se acercó a la mesa. También le ofrecieron vodka. Pasó un momento de dolorosa indecisión y casi tomó el vaso y vació el claro y fragante líquido en su garganta, pero miró a Vasili Andreevich, recordó su juramento y las botas que había vendido para beber, recordó al tonelero, recordó a su hijo para quien había prometido comprar un caballo para la primavera, suspiró y lo rechazó.

—No bebo, gracias de todos modos —dijo frunciendo el ceño y se sentó en un banco cerca de la segunda ventana.

—¿Cómo es eso? —preguntó el hermano mayor.

— Simplemente no bebo — respondió Nikita sin levantar la vista pero mirando de reojo su escasa barba y bigote y sacando los carámbanos de ellos.

— No es bueno para él — dijo Vasili Andreevich, masticando un barquillo después de vaciar su vaso.

— Bueno, entonces, toma un poco de té — dijo la amable anciana anfitriona—. Debes estar congelado, buen hombre. ¿Por qué se demoran tanto con el samovar?

— Ya está listo — dijo una de las mujeres jóvenes, y después de quitar con su delantal la parte superior del samovar que ya estaba hirviendo, lo llevó con esfuerzo a la mesa, lo levantó y lo dejó caer con un golpe.

Mientras tanto, Vasili Andreevich estaba contando cómo se había perdido, cómo habían vuelto dos veces al mismo pueblo, y cómo se habían desviado y se habían encontrado con unos campesinos borrachos. Sus anfitriones se sorprendieron, explicaron dónde y por qué habían perdido el camino, dijeron quiénes eran las personas borrachas que habían encontrado y les dijeron cómo debían ir.

— Un niño pequeño podría encontrar el camino a Molchanovka desde aquí. Todo lo que tienes que hacer es tomar el desvío correcto desde la carretera principal. Hay un arbusto que se ve justo allí. ¡Pero ni siquiera llegaste tan lejos! — dijo el vecino.

— Es mejor que se queden la noche. Las mujeres les harán camas — dijo persuasivamente la anciana.

— Podrían seguir en la mañana y sería más agradable — dijo el anciano, confirmando lo que su esposa había dicho.

— No puedo, amigo. ¡Negocios! — dijo Vasili Andreevich—. Pierdes una hora y no la recuperas en un año — añadió, recordando el bosque y los comerciantes que podrían arrebatarle ese trato—. Llegaremos, ¿no es así? — dijo, volviéndose hacia Nikita.

Nikita no respondió por un tiempo, aparentemente todavía concentrado en descongelar su barba y bigote.

— Si solo no nos desviamos otra vez — respondió sombríamente. Estaba sombrío porque ansiaba apasionadamente un poco de vodka, y la única cosa que podría calmar ese deseo era el té y aún no le habían ofrecido ninguno.

—Pero solo tenemos que llegar al desvío y entonces no nos equivocaremos. El camino será a través del bosque todo el tiempo —dijo Vasili Andreevich.

—Es como quieras, Vasili Andreevich. Si vamos a ir, vámonos —dijo Nikita, tomando el vaso de té que le ofrecían.

—Beberemos nuestro té y nos iremos.

Nikita no dijo nada, solo sacudió la cabeza, y cuidadosamente vertiendo un poco de té en su platillo, comenzó a calentar sus manos, cuyos dedos siempre estaban hinchados por el trabajo duro, sobre el vapor. Luego, mordiéndolo un pequeño trozo de azúcar, se inclinó ante sus anfitriones, dijo: — ¡Salud!— y sorbió el líquido humeante.

—Si alguien nos llevara hasta el desvío —dijo Vasili Andreevich.

—Bueno, podemos hacer eso —dijo el hijo mayor—. Petrushka enganchará el caballo y los acompañará hasta allí.

—Bueno, entonces, prepara el caballo, muchacho, y te estaré agradecido por ello.

—Oh, ¿para qué, buen hombre? —dijo la amable anciana—. Estamos encantados de hacerlo.

—Petrushka, ve y prepara la yegua —dijo el hermano mayor.

—Está bien —respondió Petrushka con una sonrisa, y rápidamente agarrando su gorra de un clavo, salió corriendo a preparar el caballo.

Mientras el caballo era preparado, la conversación volvió al punto en el que se había detenido cuando Vasili Andreevich se acercó a la ventana. El anciano se había estado quejando a su vecino, el alcalde del pueblo, sobre su tercer hijo que no le había enviado nada para la fiesta, aunque le había enviado un chal francés a su esposa.

—Los jóvenes están fuera de control —dijo el anciano.

— ¡Y cómo lo están! —dijo el vecino—. ¡No hay manera de manejarlos! Saben demasiado. Está Demochkin ahora, que le rompió el brazo a su padre. Todo es por ser demasiado listos, parece.

Nikita escuchaba, observaba sus rostros y evidentemente le habría gustado participar en la conversación, pero estaba demasiado ocupado bebiendo su té y solo asentía con la cabeza aprobadoramente. Vacío un vaso tras otro y se sentía más cálido y cómodo. La conversación continuó sobre el mismo tema durante mucho tiempo: el daño de dividir un hogar, y claramente no era una discusión abstracta sino que concernía a la cuestión de una separación en esa casa; una separación demandada por el segundo hijo que se sentaba allí en silencio y malhumorado.

Evidentemente era un tema doloroso que los absorbía a todos, pero por decoro no discutían sus asuntos privados frente a los extraños. Sin embargo, finalmente el anciano no pudo contenerse y con lágrimas en los ojos declaró que no consentiría en una ruptura de la familia durante su vida, que su casa estaba prosperando, gracias a Dios, pero que si se separaban, todos tendrían que ir a mendigar.

—Como los Matveev —dijo el vecino—. Solían tener una casa propia, pero ahora que se han dividido, ninguno de ellos tiene nada.

—Y eso es lo que quieres que nos pase a nosotros —dijo el anciano, volviéndose hacia su hijo.

El hijo no respondió y hubo una pausa incómoda. El silencio fue roto por Petrushka, quien después de haber preparado el caballo había regresado a la cabaña unos minutos antes y había estado escuchando todo el tiempo con una sonrisa.

—Hay una fábula sobre eso en Paulson —dijo—. Un padre le dio a sus hijos una escoba para romper. Al principio no pudieron romperla, pero cuando la tomaron rama por rama la rompieron fácilmente. Y es lo mismo aquí —y sonrió ampliamente—. Estoy listo —añadió.

—Si estás listo, vámonos —dijo Vasili Andreevich—. Y en cuanto a separarse, no lo permitas, abuelo. Tú reuniste todo y eres el jefe. Ve al juez de paz. Él dirá cómo deben hacerse las cosas.

—Él sigue y sigue —continuó el anciano en tono quejumbroso—. No hay manera de hacer nada con él. Es como si el diablo lo poseyera.

Mientras tanto, Nikita, habiendo terminado su quinto vaso de té, lo puso de lado en lugar de boca abajo, esperando que le ofrecieran un sexto vaso. Pero no había más agua en el samovar, así que la anfitriona no lo llenó para

él. Además, Vasili Andreevich se estaba poniendo sus cosas, así que no había más remedio que para Nikita levantarse también, devolver al azucarero el terrón de azúcar que había mordisqueado por todos lados, secarse la cara sudorosa con la falda de su abrigo de piel y ponerse su abrigo exterior.

Después de ponérselo, suspiró profundamente, agradeció a sus anfitriones, se despidió y salió de la cálida y luminosa habitación hacia el frío y oscuro pasillo, por el que aullaba el viento y donde la nieve se colaba por las grietas de la puerta tambaleante, y de allí al patio.

Petrushka estaba de pie en su abrigo de piel de oveja en medio del patio junto a su caballo, repitiendo algunas líneas del libro de Paulson. Dijo con una sonrisa:

'Las tormentas con niebla ocultan el cielo,  
Círculos de nieve girando salvajes.  
Ahora como una bestia salvaje aullará,  
Y ahora se lamenta como un niño.'

Nikita asintió con aprobación mientras arreglaba las riendas.

El anciano, viendo partir a Vasili Andreevich, trajo una linterna al pasillo para iluminarle, pero se apagó de inmediato. E incluso en el patio era evidente que la tormenta de nieve se había vuelto más violenta.

— ¡Vaya tiempo! — pensó Vasili Andreevich —. Tal vez no lleguemos después de todo. Pero no hay nada que hacer. ¡Negocios! Además, ya estamos listos, el caballo de nuestro anfitrión ha sido enganchado, y llegaremos con la ayuda de Dios.

El anciano anfitrión también pensaba que no debían ir, pero ya había intentado persuadirlos de quedarse y no lo habían escuchado.

— No sirve de nada pedirles de nuevo. Tal vez mi edad me haga temeroso. Llegarán bien, y al menos nos iremos a la cama a tiempo y sin ningún problema — pensó.

Petrushka no pensaba en el peligro. Conocía tan bien el camino y todo el distrito, y las líneas sobre 'círculos de nieve girando salvajes' describían tan adecuadamente lo que estaba sucediendo afuera que lo animaban. Nikita no deseaba ir en absoluto, pero se había acostumbrado a no salirse con la suya

y a servir a otros durante tanto tiempo que no había nadie que impidiera la partida de los viajeros.

## CAPÍTULO V

Vasili Andreevich se dirigió a su trineo, lo encontró con dificultad en la oscuridad, subió y tomó las riendas.

—¡Adelante! —gritó.

Petrushka, arrodillado en su trineo bajo, puso en marcha a su caballo. Mukhorty, que había estado relinchando desde hacía un rato al percibir a una yegua delante de él, la siguió, y salieron a la calle. Volvieron a pasar por las afueras del pueblo y por el mismo camino, pasando por el patio donde antes colgaba la ropa congelada (que, sin embargo, ya no se veía), por el mismo granero, que ahora estaba cubierto de nieve casi hasta el techo y del cual la nieve seguía cayendo interminablemente, pasando por los mismos sauces que gemían lúgubrementemente, silbaban y se balanceaban, y nuevamente entraron en el mar de nieve furiosa que rugía desde arriba y desde abajo. El viento era tan fuerte que cuando soplaba de lado y los viajeros se dirigían contra él, inclinaba los trineos y hacía que los caballos giraran hacia un lado. Petrushka condujo a su buena yegua al frente a un trote enérgico y seguía gritando con entusiasmo. Mukhorty la seguía presionando.

Después de viajar así durante unos diez minutos, Petrushka se dio la vuelta y gritó algo. Ni Vasili Andreevich ni Nikita pudieron escuchar nada por el viento, pero adivinaron que habían llegado al desvío. De hecho, Petrushka había girado a la derecha, y ahora el viento que había soplado de

lado soplaba directamente en sus caras, y a través de la nieve vieron algo oscuro a su derecha. Era el arbusto en el desvío.

— ¡Pues ahora, que Dios los acompañe!

— ¡Gracias, Petrushka!

— ¡Las tormentas con niebla ocultan el cielo! — gritó Petrushka mientras desaparecía.

— ¡Ahí tienes a un poeta! — murmuró Vasili Andreevich, tirando de las riendas.

— Sí, un buen muchacho, un verdadero campesino — dijo Nikita.

Siguieron adelante.

Nikita, envolviéndose bien con su abrigo y presionando su cabeza tan cerca de sus hombros que su corta barba cubría su garganta, se sentó en silencio, tratando de no perder el calor que había adquirido mientras bebía té en la casa. Delante de él veía las líneas rectas de los ejes, lo que constantemente lo engañaba haciéndole pensar que estaban en un camino bien transitado, y la grupa oscilante del caballo con su cola anudada soplada hacia un lado, y más adelante el alto arco del eje y la cabeza y el cuello oscilantes del caballo con su melena ondeando. De vez en cuando divisaba una señal del camino, así que sabía que todavía estaban en una carretera y que no había nada de qué preocuparse.

Vasili Andreevich continuó conduciendo, dejando que el caballo siguiera el camino. Pero Mukhorty, aunque había tenido un respiro en el pueblo, corría con desgana y parecía salirse del camino de vez en cuando, así que Vasili Andreevich tenía que corregirlo repetidamente.

— Aquí hay una estaca a la derecha, y otra, y aquí hay una tercera — contó Vasili Andreevich —, y aquí delante está el bosque — pensó, al ver algo oscuro frente a él. Pero lo que le había parecido un bosque era solo un arbusto. Pasaron el arbusto y continuaron otros cien metros, pero no había cuarta señal ni bosque.

— Debemos llegar al bosque pronto — pensó Vasili Andreevich, y animado por el vodka y el té no se detuvo, sino que sacudió las riendas, y el buen caballo obediente respondió, ahora avanzando, ahora trotando lentamente

en la dirección que le indicaban, aunque sabía que no iba por el camino correcto. Pasaron diez minutos, pero todavía no había bosque.

—Ahora, debemos estar otra vez fuera del camino —dijo Vasili Andreevich, deteniéndose.

Nikita salió en silencio del trineo y, sujetando su abrigo que el viento envolvía estrechamente alrededor de él y a veces casi se lo arrancaba, comenzó a palpar la nieve, yendo primero a un lado y luego al otro. Tres o cuatro veces desapareció por completo de la vista. Finalmente regresó y tomó las riendas de la mano de Vasili Andreevich.

—Debemos ir a la derecha —dijo con severidad y con firmeza, mientras giraba al caballo.

—Bueno, si es a la derecha, vamos a la derecha —dijo Vasili Andreevich, cediendo las riendas a Nikita y metiendo sus manos congeladas en sus mangas.

Nikita no respondió.

—¡Vamos, amigo, muévete! —le gritó al caballo, pero a pesar del tirón de las riendas, Mukhorty avanzaba solo al paso.

La nieve en algunos lugares llegaba hasta las rodillas del caballo, y el trineo se movía a trompicones con cada movimiento del animal.

Nikita tomó el látigo que colgaba sobre la parte delantera del trineo y lo golpeó una vez. El buen caballo, no acostumbrado al látigo, saltó hacia adelante y se puso a trotar, pero inmediatamente volvió a avanzar a paso y luego a caminar. Así continuaron durante cinco minutos. Estaba oscuro y la nieve giraba desde arriba y se levantaba desde abajo, de modo que a veces no se veía el arco del eje. A veces parecía que el trineo se quedaba quieto y el campo retrocedía. De repente, el caballo se detuvo bruscamente, evidentemente consciente de algo frente a él. Nikita volvió a saltar ligeramente, soltando las riendas, y fue adelante para ver qué lo había detenido, pero apenas dio un paso frente al caballo cuando sus pies resbalaron y rodó por una pendiente.

—¡Eh, eh, eh! —dijo para sí mismo mientras caía, y trató de detener su caída pero no pudo, y solo se detuvo cuando sus pies se hundieron en una gruesa capa de nieve que se había acumulado en el fondo del hueco.

El borde de una capa de nieve que colgaba del borde del hueco, perturbada por la caída de Nikita, se derrumbó sobre él y se metió dentro de su collar.

— ¡Qué cosa! — dijo Nikita en tono de reproche, dirigiéndose al montículo de nieve y al hueco, sacudiéndose la nieve del interior de su collar.

— ¡Nikita! ¡Eh, Nikita! — gritó Vasili Andreevich desde arriba.

Pero Nikita no respondió. Estaba demasiado ocupado sacudiéndose la nieve y buscando el látigo que había dejado caer al rodar por la pendiente. Habiendo encontrado el látigo, intentó subir directamente por el banco por donde había rodado, pero era imposible hacerlo: seguía resbalando y volviendo a caer, así que tuvo que ir a lo largo del fondo del hueco para encontrar una manera de subir. Unos siete metros más adelante logró con dificultad trepar por la pendiente a cuatro patas, luego siguió el borde del hueco de vuelta al lugar donde debería estar el caballo. No podía ver ni al caballo ni al trineo, pero al caminar contra el viento escuchó los gritos de Vasili Andreevich y el relincho de Mukhorty llamándolo.

— ¡Ya voy! ¡Ya voy! ¿Qué estás cacareando? — murmuró.

Solo cuando llegó al trineo pudo distinguir al caballo y a Vasili Andreevich, que se veía gigantesco de pie junto a él.

— ¿Dónde demonios te habías metido? Debemos volver, aunque sea a Grishkino — comenzó a reprocharle Vasili Andreevich.

— Me encantaría regresar, Vasili Andreevich, pero ¿por dónde vamos? Hay un barranco aquí que si nos metemos no saldremos nunca. Yo mismo casi no pude salir de allí.

— ¿Entonces qué hacemos? ¡No podemos quedarnos aquí! ¡Debemos ir a algún lado! — dijo Vasili Andreevich.

Nikita no dijo nada. Se sentó en el trineo de espaldas al viento, se quitó las botas, sacudió la nieve que se había metido en ellas y, tomando un poco de paja del fondo del trineo, tapó cuidadosamente un agujero en su bota izquierda.

Vasili Andreevich permaneció en silencio, como si ahora dejara todo en manos de Nikita. Después de ponerse las botas de nuevo, Nikita subió los pies al trineo, se puso los guantes y tomó las riendas, y dirigió al caballo a

lo largo del lado del barranco. Pero no habían recorrido cien metros cuando el caballo se detuvo de nuevo. El barranco estaba nuevamente frente a ellos.

Nikita volvió a bajarse y volvió a caminar por la nieve. Lo hizo durante bastante tiempo y al final apareció desde el lado opuesto al que había empezado.

— ¡Vasili Andreevich, estás vivo! — gritó.

— ¡Aquí! — respondió Vas

ili Andreevich—. ¿Y ahora qué?

— No puedo entender nada. Está demasiado oscuro. No hay más que barrancos. Debemos conducir contra el viento otra vez.

Volvieron a ponerse en marcha. Nuevamente Nikita fue tropezando por la nieve, nuevamente cayó, nuevamente subió y caminó, y finalmente, completamente sin aliento, se sentó junto al trineo.

— ¿Y ahora? — preguntó Vasili Andreevich.

— Estoy completamente agotado y el caballo no quiere moverse.

— ¿Entonces qué hacemos?

— Espera un momento.

Nikita se alejó de nuevo pero pronto regresó.

— ¡Sígueme! — dijo, yendo al frente del caballo.

Vasili Andreevich ya no daba órdenes, sino que hacía implícitamente lo que Nikita le decía.

— ¡Aquí, sígueme! — gritó Nikita, caminando rápidamente hacia la derecha, y agarrando la brida llevó a Mukhorty hacia un montículo de nieve.

Al principio el caballo se resistió, luego se lanzó hacia adelante, esperando saltar el montículo, pero no tuvo fuerzas y se hundió en la nieve hasta el cuello.

— ¡Sal de ahí! — le gritó Nikita a Vasili Andreevich que todavía estaba en el trineo, y tomando uno de los ejes movió el trineo más cerca del caballo —. Es difícil, hermano — dijo a Mukhorty —, pero no hay más remedio. ¡Haz un esfuerzo! ¡Vamos, vamos, solo un poco más! — gritó.

El caballo tiró una vez, luego otra, pero no pudo liberarse y se volvió a hundir, como si estuviera considerando algo.

—¡Así no, hermano, esto no funciona! —le dijo Nikita—. ¡Una vez más!

Nikita tiró del eje de su lado, y Vasili Andreevich hizo lo mismo del otro lado.

Mukhorty levantó la cabeza y luego dio un tirón repentino.

—¡Eso es! ¡Eso es! —gritó Nikita—. ¡No tengas miedo, no te hundirás!

Un salto, otro y un tercero, y finalmente Mukhorty salió del montículo de nieve, y se quedó quieto, respirando pesadamente y sacudiéndose la nieve. Nikita quiso llevarlo más lejos, pero Vasili Andreevich, con sus dos abrigo de piel, estaba tan sin aliento que no podía caminar más y se dejó caer en el trineo.

—¡Déjame recuperar el aliento! —dijo, desatando el pañuelo con el que había atado el cuello de su abrigo de piel en el pueblo.

—Aquí está bien. Tú quédate ahí —dijo Nikita—. Yo lo llevaré —y con Vasili Andreevich en el trineo, condujo al caballo por la brida unos diez pasos hacia abajo y luego subió una ligera pendiente, y se detuvo.

El lugar donde Nikita se había detenido no estaba completamente en el hueco donde la nieve que bajaba de los montículos podría haberlos enterrado por completo, pero aún estaba parcialmente protegido del viento por el lado del barranco. Hubo momentos en que el viento parecía amainar un poco, pero eso no duraba mucho y, como si para compensar ese respiro, la tormenta arreciaba con diez veces más fuerza y rugía y se arremolinaba con más furia. Una ráfaga así los golpeó en el momento en que Vasili Andreevich, habiendo recuperado el aliento, salió del trineo y se acercó a Nikita para consultar qué debían hacer. Ambos se inclinaron involuntariamente y esperaron a que pasara la violencia de la ráfaga. Mukhorty también echó las orejas hacia atrás y sacudió la cabeza con descontento. Tan pronto como la violencia de la ráfaga amainó un poco, Nikita se quitó los guantes, los metió en su cinturón, sopló sobre sus manos y comenzó a desabrochar las correas del yugo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Vasili Andreevich.

—Desunciendo. ¿Qué más podemos hacer? No tengo fuerzas —dijo Nikita como excusándose.

—¿No podemos ir a algún lado?

—No, no podemos. Solo mataremos al caballo. Mira, el pobre animal ya no puede más —dijo Nikita, señalando al caballo, que estaba esperando sumisamente lo que pudiera venir, con sus costados empinados y mojados que se movían pesadamente—. Tendremos que pasar la noche aquí —dijo, como si se preparara para pasar la noche en una posada, y comenzó a desabrochar las correas del collar. Las hebillas se soltaron.

—¿Pero no nos congelaremos? —comentó Vasili Andreevich.

—Bueno, si nos congelamos, no hay nada que hacer —dijo Nikita.

## CAPÍTULO VI

Aunque Vasili Andreevich se sentía bastante abrigado con sus dos abrigos de piel, especialmente después de luchar en el montículo de nieve, un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de que realmente debía pasar la noche donde estaban. Para calmarse, se sentó en el trineo y sacó sus cigarrillos y cerillas.

Mientras tanto, Nikita desenganchó a Mukhorty. Soltó la cincha del vientre y la cincha trasera, quitó las riendas, aflojó la correa del collar y removió el yugo, hablándole todo el tiempo para animarlo.

— ¡Sal, sal! — dijo, sacándolo de los ejes—. Ahora te ataremos aquí y pondré un poco de paja y te quitaré la brida. Cuando hayas comido algo, te sentirás mejor.

Pero Mukhorty estaba inquieto y evidentemente no se sentía reconfortado por los comentarios de Nikita. Pateaba primero con un pie y luego con otro, y se presionaba contra el trineo, dándole la espalda al viento y frotando su cabeza contra la manga de Nikita. Luego, como para no desilusionar a Nikita rechazando la paja que le había puesto, tomó rápidamente un poco del trineo, pero de inmediato decidió que no era momento para pensar en paja y la tiró, y el viento la dispersó instantáneamente, llevándosela y cubriéndola con nieve.

— Ahora pondremos una señal — dijo Nikita, y girando el frente del trineo hacia el viento, ató los ejes juntos con una correa y los levantó en posición vertical frente al trineo—. Ahí está, cuando la nieve nos cubra, la bue-

na gente verá los ejes y nos desenterrará —dijo, golpeando sus manoplas y poniéndoselas—. ¡Eso nos enseñaron los viejos!

Mientras tanto, Vasili Andreevich había desabrochado su abrigo y, levantando las faldas para protegerse, encendió una cerilla tras otra en la caja de acero. Pero sus manos temblaban, y una cerilla tras otra no se encendía o se apagaba por el viento justo cuando la acercaba al cigarrillo. Finalmente, una cerilla se encendió, y su llama iluminó por un momento la piel de su abrigo, su mano con el anillo de oro en el dedo índice doblado, y la paja de avena salpicada de nieve que sobresalía del trineo. Con el cigarrillo encendido, inhaló ansiosamente una o dos veces, aspiró el humo, lo soltó a través de su bigote, y estaba a punto de inhalar de nuevo, pero el viento arrancó el tabaco encendido y lo hizo volar, igual que la paja.

Pero incluso esas pocas caladas lo animaron.

—Si debemos pasar la noche aquí, ¡pues debemos! —dijo con decisión—. Espera un momento, también voy a poner una bandera —añadió, recogiendo el pañuelo que había tirado en el trineo después de quitárselo del cuello, y quitándose los guantes y poniéndose de pie en la parte delantera del trineo, estirándose para alcanzar la correa, ató el pañuelo con un nudo fuerte.

El pañuelo comenzó inmediatamente a ondear salvajemente, enredándose alrededor del eje, y luego estirándose y aleteando.

—¡Mira qué bonita bandera! —dijo Vasili Andreevich, admirando su obra y dejándose caer en el trineo—. Estaríamos más calientes juntos, pero no hay suficiente espacio para dos —añadió.

—Encontraré un lugar —dijo Nikita—. Pero primero debo cubrir al caballo, pobre, está sudando. ¡Suelta! —añadió, sacando el cobertor de debajo de Vasili Andreevich.

Habiendo conseguido el cobertor, lo dobló en dos y, después de quitar la cincha y la almohadilla, cubrió a Mukhorty con él.

—De todos modos, estarás más abrigado, tonto —dijo, poniendo de nuevo la cincha y la almohadilla sobre el caballo encima del cobertor. Luego, habiendo terminado con eso, volvió al trineo y, dirigiéndose a Vasili Andreevich, dijo—: No necesitarás la arpillera, ¿verdad? Y déjame un poco de paja.

Y habiendo tomado estas cosas de debajo de Vasili Andreevich, Nikita fue detrás del trineo, cavó un hoyo para sí mismo en la nieve, puso paja en él, se envolvió bien con su abrigo, se cubrió con la arpillera, y bajándose la gorra se sentó en la paja que había esparcido y se apoyó contra la parte de madera del trineo para protegerse del viento y la nieve.

Vasili Andreevich sacudió la cabeza desaprobadoramente por lo que Nikita estaba haciendo, como en general desaprobaba la estupidez y la falta de educación del campesino, y comenzó a acomodarse para pasar la noche.

Alisó la paja que quedaba en el fondo del trineo, poniendo más debajo de su costado. Luego metió las manos en sus mangas y se acomodó, protegiendo su cabeza en la esquina del trineo del viento del frente.

No tenía ganas de dormir. Se acostó y pensó: pensó siempre en una sola cosa que constituía el único objetivo, significado, placer y orgullo de su vida: cuánto dinero había ganado y cuánto podría ganar aún, cuánto habían hecho y poseído otras personas que conocía, y cómo esos otros habían hecho y estaban haciendo dinero, y cómo él, como ellos, aún podría ganar mucho más. La compra del bosque de Goryachkin era una cuestión de enorme importancia para él. Con ese trato esperaba ganar quizás diez mil rublos. Comenzó a calcular mentalmente el valor de la madera que había inspeccionado en otoño, y en cinco acres de los cuales había contado todos los árboles.

—Los robles servirán para hacer patines de trineo. La maleza se venderá sola, y aún quedarán unos treinta sazhenes de leña en cada desyatin — se dijo a sí mismo—. Eso significa que habrá al menos doscientos veinticinco rublos en cada desyatin. Cincuenta y seis desyatins significan cincuenta y seis centenas, y cincuenta y seis centenas, y cincuenta y seis decenas, y otras cincuenta y seis decenas, y luego cincuenta y seis cincos... — Vio que sumaba más de doce mil rublos, pero no podía calcularlo exactamente sin un ábaco—. Pero no daré diez mil, de todos modos. Daré alrededor de ocho mil con una deducción por los claros. Sobornaré al agrimensor— le daré cien rublos, o ciento cincuenta, y él calculará que hay unos cinco desyatins de claros para deducir. Y lo dejará por ocho mil. Tres mil en efectivo. Eso lo moverá, no hay duda — pensó, y presionó su bolsillo con su antebrazo.

—Dios sabe cómo nos perdimos el desvío. El bosque debería estar ahí, y una cabaña de guardabosques, y perros ladrando. Pero esos malditos no la-

dran cuando se les necesita. —Se bajó el cuello del abrigo de la oreja y escuchó, pero como antes solo se oía el silbido del viento, el aleteo y el aleteo del pañuelo atado a los ejes, y el golpeteo de la nieve contra la madera del trineo. Cubrió su oreja nuevamente.

—Si lo hubiera sabido, me habría quedado la noche. Bueno, no importa, llegaremos mañana. Solo es un día perdido. Y los demás no viajarán con este clima. —Entonces recordó que el día 9 tenía que recibir el pago del carnicero por sus bueyes—. Pensaba venir él mismo, pero no me encontrará, y mi esposa no sabrá cómo recibir el dinero. Ella no sabe cómo hacer las cosas correctamente —pensó, recordando cómo en su fiesta del día anterior ella no había sabido cómo tratar al oficial de policía que era su invitado—. Claro, ella es solo una mujer. ¿Dónde podría haber visto algo? En los tiempos de mi padre, ¿cómo era nuestra casa? Solo la casa de un campesino rico: solo un molino de avena y una posada, esa era toda la propiedad. Pero ¿qué he hecho yo en estos quince años? Una tienda, dos tabernas, un molino de harina, un almacén de granos, dos granjas arrendadas, y una casa con un granero de techo de hierro —pensó con orgullo—. ¡No como en los tiempos de mi padre! ¿De quién se habla en todo el distrito ahora? ¡Brekhnov! ¿Y por qué? Porque me dedico al negocio. Me esfuerzo, no como otros que se quedan en la cama o pierden el tiempo en tonterías mientras yo no duermo por las noches. Blizzard o no blizzard, yo salgo. Así se hacen los negocios. Creen que ganar dinero es una broma. No, hay que esforzarse y pensar mucho. Te cogen desprevenido afuera por la noche, como esto, o te mantienes despierto noche tras noche hasta que los pensamientos que giran en tu cabeza hacen que la almohada se vuelva —meditaba con orgullo—. Creen que la gente progresa por suerte. Después de todo, los Mironov ahora son millonarios. ¿Y por qué? Esfuérate y Dios da. ¡Si solo me concede salud!

La idea de que él mismo podría ser millonario como Mironov, quien comenzó sin nada, emocionó tanto a Vasili Andreevich que sintió la necesidad de hablar con alguien. Pero no había nadie con quien hablar. ... Si solo hubiera llegado a Goryachkin, habría hablado con el dueño y le habría mostrado un par de cosas.

—¡Mira cómo sopla! ¡Nos cubrirá de nieve tan profundamente que no podremos salir por la mañana! —pensó, escuchando una ráfaga de viento que soplaba contra la parte delantera del trineo, doblándolo y golpeando la nieve contra él. Se levantó y miró alrededor. Todo lo que podía ver a través

de la oscuridad arremolinada era la cabeza oscura de Mukhorty, su lomo cubierto por el cobertor que ondeaba, y su gruesa cola anudada; mientras que todo alrededor, delante y detrás, era la misma oscuridad fluctuante, a veces parecía aclararse un poco y otras veces se volvía aún más densa.

—Lástima que escuché a Nikita —pensó—. Deberíamos haber seguido adelante. Habríamos llegado a algún lugar, aunque solo fuera de vuelta a Grishkino y habríamos pasado la noche en casa de Taras. Como está, debemos quedarnos aquí toda la noche. Pero ¿en qué estaba pensando? Sí, en que Dios da a los que se esfuerzan, pero no a los vagos, dormilones o tontos. ¡Debo fumar!

Se sentó de nuevo, sacó su cigarrera y se estiró boca abajo, protegiendo las cerillas con la falda de su abrigo. Pero el viento encontró su camino y apagó cerilla tras cerilla. Finalmente, consiguió que una se encendiera y prendió un cigarrillo. Estaba muy contento de haber logrado hacer lo que quería, y aunque el viento fumó más del cigarrillo que él, aún consiguió dos o tres caladas y se sintió más animado. Se recostó de nuevo, se envolvió, comenzó a reflexionar y recordar, y de repente y de manera inesperada perdió la conciencia y se quedó dormido.

De repente algo pareció darle un empujón y lo despertó. Si fue Mukhorty quien había tirado algo de paja de debajo de él, o si algo dentro de él lo había sobresaltado, en cualquier caso lo despertó, y su corazón comenzó a latir más y más rápido, de modo que el trineo pareció temblar bajo él. Abrió los ojos. Todo a su alrededor estaba igual que antes. 'Parece más claro', pensó. 'Supongo que no falta mucho para el amanecer'. Pero de inmediato recordó que estaba más claro porque la luna había salido. Se sentó y miró primero al caballo. Mukhorty todavía estaba de espaldas al viento, temblando por completo. Un lado del cobertor, que estaba completamente cubierto de nieve, había sido soplado hacia atrás, la brida se había deslizado y la cabeza cubierta de nieve con su melena ondeando ahora eran más visibles. Vasili Andreevich se inclinó sobre la parte trasera del trineo y miró hacia atrás. Nikita todavía estaba en la misma posición en la que se había acomodado. La arpillera que lo cubría, y sus piernas, estaban cubiertas de nieve.

—¡Si tan solo ese campesino no se congele hasta morir! Sus ropas son tan miserables. Podría ser responsable de él. Qué gente tan descuidada— una falta de educación —pensó Vasili Andreevich, y sintió deseos de quitar

el cobertor del caballo y ponerlo sobre Nikita, pero sería muy frío salir y moverse, y además, el caballo podría congelarse. '¿Por qué lo traje conmigo? ¿Fue toda su estupidez!' pensó, recordando a su esposa no querida, y se recostó en su antiguo lugar en la parte delantera del trineo. 'Mi tío una vez pasó una noche entera así', reflexionó, 'y estuvo bien'. Pero otro caso vino de inmediato a su mente. 'Pero cuando desenterraron a Sebastián estaba muerto—tieso como un cadáver congelado. ¿Si solo hubiera pasado la noche en Grishkino todo esto no habría sucedido!'

Y envolviendo su abrigo cuidadosamente alrededor de él para que no se desperdiciara el calor de la piel sino que lo calentara por completo, cuello, rodillas y pies, cerró los ojos e intentó dormir de nuevo. Pero por más que lo intentara, no lograba adormecerse, al contrario, se sentía completamente despierto y animado. Nuevamente comenzó a contar sus ganancias y las deudas que le debían, nuevamente comenzó a jactarse de sí mismo y a sentirse satisfecho con su posición, pero todo esto se veía continuamente perturbado por un miedo que se acercaba sigilosamente y por el desagradable arrepentimiento de no haberse quedado en Grishkino.

'¿Qué diferente sería estar tumbado cálidamente en un banco!'

Se dio la vuelta varias veces en sus intentos de ponerse en una posición más cómoda más protegida del viento, envolvió sus piernas más cerca, cerró los ojos y se quedó quieto. Pero ya sea que sus piernas en sus fuertes botas de fieltro comenzaran a doler por estar dobladas en una posición, o que el viento soplara en algún lugar, después de quedarse quieto por un tiempo, nuevamente comenzó a recordar el hecho perturbador de que ahora podría estar acostado tranquilamente en la cálida cabaña en Grishkino. Se sentó de nuevo, se giró, se envolvió y se acomodó una vez más.

Una vez le pareció escuchar un gallo cantar a lo lejos. Se alegró, se bajó el cuello del abrigo y escuchó con atención, pero a pesar de todos sus esfuerzos, no se escuchaba nada más que el viento silbando entre los ejes, el aleteo del pañuelo, y la nieve golpeando contra el marco del trineo.

Nikita estaba tal como había estado todo el tiempo, sin moverse y sin siquiera responder a Vasili Andreevich, que le había hablado un par de veces. 'No le importa nada, ¡probablemente esté dormido!' pensó Vasili Andreevich con irritación, mirando detrás del trineo a Nikita, que estaba cubierto con una gruesa capa de nieve.

Vasili Andreevich se levantó y se volvió a acostar unas veinte veces. Le parecía que la noche nunca terminaría. 'Debe estar cerca de la mañana', pensó, levantándose y mirando alrededor. 'Vamos a ver mi reloj. Será frío desabrocharme, pero si solo sé que se acerca la mañana, al menos me sentiré más animado. Podríamos comenzar a arnesar.'

En el fondo de su corazón, Vasili Andreevich sabía que aún no podía ser cerca de la mañana, pero tenía cada vez más miedo, y deseaba tanto conocer la hora como engañarse a sí mismo. Desabrochó cuidadosamente el cierre de su abrigo de piel, metió la mano, y estuvo buscando durante mucho tiempo antes de llegar a su chaleco. Con gran dificultad logró sacar su reloj de plata con su diseño de flores esmaltadas, e intentó ver la hora. No podía ver nada sin luz. Nuevamente se arrodilló y apoyó los codos como lo había hecho cuando encendió un cigarrillo, sacó sus cerillas y procedió a encender una. Esta vez trabajó con más cuidado, y sintiendo con los dedos una cerilla con la cabeza más grande y la mayor cantidad de fósforo, la encendió en el primer intento. Acercando la carátula del reloj a la luz, apenas podía creer lo que veían sus ojos. . . . Eran solo las doce y diez. Casi toda la noche aún estaba por delante.

— ¡Oh, qué larga es la noche! — pensó, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda, y habiendo abrochado nuevamente sus abrigos de piel y envolviéndose, se acurrucó en una esquina del trineo con la intención de esperar pacientemente. De repente, sobre el monótono rugido del viento, distinguió claramente otro sonido nuevo y vivo. Se fortaleció constantemente, y habiéndose vuelto bastante claro, disminuyó gradualmente de la misma manera. Sin duda alguna, era un lobo, y estaba tan cerca que el movimiento de sus mandíbulas al cambiar su grito se escuchaba a través del viento. Vasili Andreevich se bajó el cuello del abrigo y escuchó atentamente. Mukhorty también se esforzaba por escuchar, moviendo sus orejas, y cuando el lobo dejó de aullar, cambió de pie a pie y resopló en señal de advertencia. Después de esto, Vasili Andreevich no pudo volver a dormirse ni siquiera calmarse. Cuanto más intentaba pensar en sus cuentas, sus negocios, su reputación, su valor y su riqueza, más y más era dominado por el miedo, y los remordimientos de no haberse quedado la noche en Grishkino dominaban y se mezclaban en todos sus pensamientos.

— ¡Que se lleve el diablo al bosque! Todo estaba bien sin él, gracias a Dios. ¡Ah, si solo hubiéramos pasado la noche! — se decía a sí mismo—.

Dicen que son los borrachos los que se congelan —pensó—, y yo he bebido algo. —Y observando sus sensaciones notó que comenzaba a temblar, sin saber si era por el frío o por el miedo. Intentó envolverse y acostarse como antes, pero ya no podía hacerlo. No podía quedarse en una posición. Quería levantarse, hacer algo para dominar el miedo creciente que lo invadía y contra el cual se sentía impotente. Nuevamente sacó sus cigarrillos y cerillas, pero solo le quedaban tres cerillas y eran malas. El fósforo se desprendía de todas ellas sin encenderse.

—¡Que te lleve el diablo! ¡Maldita sea! ¡Maldita cosa! —murmuró, sin saber a quién o a qué maldecía, y arrojó el cigarrillo aplastado. Estaba a punto de arrojar la caja de cerillas también, pero detuvo el movimiento de su mano y metió la caja en su bolsillo. Estaba tan inquieto que ya no podía permanecer en un solo lugar. Se bajó del trineo y, de espaldas al viento, comenzó a ajustarse el cinturón nuevamente, abrochándolo más abajo en la cintura y apretándolo.

—¿De qué sirve acostarse y esperar la muerte? ¡Mejor monto el caballo y me alejo! —De repente se le ocurrió la idea—. El caballo se moverá cuando tenga a alguien encima. En cuanto a él —pensó en Nikita—, le da lo mismo si vive o muere. ¿Qué vale su vida? No le importará su vida, pero yo tengo algo por lo que vivir, gracias a Dios.

Desató al caballo, le echó las riendas por el cuello y trató de montar, pero sus abrigos y botas eran tan pesados que no pudo. Luego se subió al trineo e intentó montar desde allí, pero el trineo se inclinó bajo su peso y nuevamente falló. Finalmente acercó a Mukhorty más al trineo, se balanceó con cuidado sobre uno de los lados, y logró acostarse boca abajo sobre el lomo del caballo. Después de quedarse así por un tiempo, se desplazó hacia adelante una vez y otra vez, echó una pierna sobre el lomo y finalmente se sentó, apoyando los pies en las correas sueltas del arnés. El temblor del trineo despertó a Nikita. Se levantó, y a Vasili Andreevich le pareció que dijo algo.

—¡Escucha a tontos como tú! ¿Voy a morir así por nada? —exclamó Vasili Andreevich. Y metiendo las faldas sueltas de su abrigo de piel bajo sus rodillas, giró el caballo y se alejó del trineo en la dirección en la que pensó que debían estar el bosque y la cabaña del guardabosques.

## CAPÍTULO VII

Desde el momento en que se cubrió con la arpillera y se sentó detrás del trineo, Nikita no se movió. Como todos los que viven en contacto con la naturaleza y han conocido la privación, era paciente y podía esperar horas, incluso días, sin ponerse inquieto ni irritable. Oyó a su patrón llamarlo, pero no respondió porque no quería moverse ni hablar. Aunque todavía sentía algo de calor por el té que había bebido y por su enérgico esfuerzo al trepar por el ventisquero, sabía que este calor no duraría mucho y que no le quedaban fuerzas para calentarse nuevamente moviéndose, porque se sentía tan cansado como un caballo cuando se detiene y se niega a continuar a pesar del látigo, y su dueño ve que debe ser alimentado antes de que pueda trabajar nuevamente. El pie en la bota con un agujero ya se había entumecido, y ya no sentía el dedo gordo. Además de eso, todo su cuerpo comenzó a sentirse más y más frío.

La idea de que podría, y muy probablemente moriría esa noche se le ocurrió, pero no le pareció particularmente desagradable ni terrible. No le pareció particularmente desagradable, porque toda su vida no había sido una fiesta continua, sino al contrario, un ciclo incesante de trabajo del cual comenzaba a sentirse cansado. Y no le parecía particularmente terrible, porque además de los patrones a los que había servido aquí, como Vasili Andreevich, siempre se había sentido dependiente del Maestro Principal, que lo había enviado a esta vida, y sabía que al morir aún estaría en el poder de ese Maestro y no sería maltratado por Él. 'Parece una pena dejar lo que uno está acostumbrado y familiarizado. Pero no hay nada que hacer, me acostumbraré a las cosas nuevas.'

'¿Pecados?' pensó, y recordó su embriaguez, el dinero que había gastado en bebida, cómo había ofendido a su esposa, sus maldiciones, su negligencia con la iglesia y con los ayunos, y todas las cosas que el sacerdote le reprochaba en la confesión. 'Por supuesto que son pecados. Pero entonces, ¿los tomé yo mismo? Evidentemente así me hizo Dios. Bueno, y los pecados, ¿a dónde voy a escapar?'

Así que al principio pensó en lo que podría sucederle esa noche, y luego no volvió a tales pensamientos, sino que se entregó a los recuerdos que le venían a la cabeza por sí mismos. Ahora pensaba en la llegada de Martha, en la embriaguez entre los trabajadores y su propia renuncia a la bebida, luego en su viaje actual y en la casa de Taras y la conversación sobre la disolución de la familia, luego en su propio hijo, en Mukhorty ahora resguardado bajo la manta, y luego en su patrón que hacía crujir el trineo mientras se revolvía en él. 'Supongo que tú mismo lamentas haber salido, querido hombre,' pensó. 'Parece difícil dejar una vida como la suya. ¡No es como los de nuestra clase!'

Luego todos estos recuerdos comenzaron a confundirse y mezclarse en su cabeza, y se quedó dormido.

Pero cuando Vasili Andreevich, al montar el caballo, hizo que el trineo, contra el que Nikita se apoyaba, se moviera y lo golpeará en la espalda con uno de sus patines, se despertó y tuvo que cambiar de posición le gustara o no. Enderezando las piernas con dificultad y sacudiendo la nieve de ellas, se levantó, y un frío agonizante penetró inmediatamente en todo su cuerpo. Al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, llamó a Vasili Andreevich para que le dejara la manta que el caballo ya no necesitaba, para poder envolverse en ella.

Pero Vasili Andreevich no se detuvo, sino que desapareció en medio de la nieve en polvo.

Dejado solo, Nikita consideró por un momento qué debía hacer. Sentía que no tenía fuerzas para ir en busca de una casa. Ya no era posible sentarse en su antiguo lugar, ya estaba todo lleno de nieve. Sentía que no podía calentarse en el trineo tampoco, porque no había nada con qué cubrirse, y su abrigo y su chaqueta de piel ya no lo calentaban en absoluto. Sentía tanto frío como si no llevara más que una camisa. Se asustó. '¡Señor, Padre celestial!' murmuró, y se sintió reconfortado por la conciencia de que no estaba

solo, sino que había Alguien que lo escuchaba y no lo abandonaría. Dio un profundo suspiro, y manteniendo la arpillera sobre su cabeza, se metió en el trineo y se acostó en el lugar donde había estado su patrón.

Pero tampoco pudo calentarse en el trineo. Al principio, tembló por todo el cuerpo, luego el temblor cesó y poco a poco comenzó a perder el conocimiento. No sabía si estaba muriendo o quedándose dormido, pero se sentía igualmente preparado para una cosa como para la otra.

## CAPÍTULO VIII

Mientras tanto, Vasili Andréievich, con los pies y los extremos de las riendas, instaba al caballo a avanzar en la dirección en la que, por alguna razón, esperaba encontrar el bosque y la cabaña del guardabosques. La nieve cubría sus ojos y el viento parecía empeñado en detenerlo, pero inclinándose hacia adelante y constantemente acomodando su abrigo sobre sí mismo y empujándolo entre él y el frío cojín del arnés que le impedía sentarse adecuadamente, seguía incitando al caballo a avanzar. Mukhorty avanzaba obedientemente, aunque con dificultad, en la dirección que le indicaban.

Vasili Andréievich cabalgó durante unos cinco minutos en línea recta, según él pensaba, sin ver nada más que la cabeza del caballo y el desierto blanco, y solo escuchando el silbido del viento alrededor de las orejas del caballo y del cuello de su abrigo.

De repente, apareció una mancha oscura frente a él. Su corazón latió de alegría, y se dirigió hacia el objeto, ya imaginando en su mente las paredes de las casas del pueblo. Pero la mancha oscura no estaba quieta, seguía moviéndose; y no era un pueblo sino algunos tallos altos de ajeno que sobresalían a través de la nieve en el límite entre dos campos, y se agitaban desesperadamente bajo la presión del viento que los empujaba hacia un lado y silbaba a través de ellos. La visión de ese ajeno atormentado por el viento implacable hizo que Vasili Andréievich se estremeciera, sin saber por qué, y apresuradamente comenzó a incitar al caballo a avanzar, sin darse cuenta de que al acercarse al ajeno había cambiado completamente su dirección y ahora se dirigía en sentido contrario, aunque todavía imaginaba que iba ha-

cia donde debería estar la cabaña. Pero el caballo seguía inclinándose hacia la derecha, y Vasili Andréievich seguía guiándolo hacia la izquierda.

De nuevo apareció algo oscuro frente a él. De nuevo se alegró, convencido de que ahora sí era un pueblo. Pero una vez más era la misma línea divisoria cubierta de ajenjo, una vez más el mismo ajenjo desesperadamente sacudido por el viento que llevaba un terror irracional a su corazón. Pero no solo era el mismo ajenjo, sino que junto a él había una huella de caballo parcialmente cubierta de nieve. Vasili Andréievich se detuvo, se inclinó y miró detenidamente. Era una huella de caballo solo parcialmente cubierta de nieve, y no podía ser más que las huellas de su propio caballo. Evidentemente, había dado un pequeño círculo. "¡Pereceré así!", pensó, y para no dejarse llevar por el terror, incitó al caballo aún más, mirando con atención la oscuridad nevada en la que solo veía puntos de luz que titilaban y se desvanecían. Una vez creyó oír el ladrido de perros o el aullido de lobos, pero los sonidos eran tan débiles e indistintos que no sabía si los había escuchado o solo los había imaginado, y se detuvo para escuchar atentamente.

De repente, un grito terrible y ensordecedor resonó cerca de sus oídos, y todo tembló y se sacudió bajo él. Agarró el cuello de Mukhorty, pero eso también estaba temblando por completo y el terrible grito se volvió aún más espantoso. Durante unos segundos Vasili Andréievich no pudo recuperarse ni entender qué estaba sucediendo. Solo era Mukhorty, que, ya fuera para animarse a sí mismo o para pedir ayuda, había relinchado fuerte y resonantemente. "¡Uf, desgraciado! ¡Cómo me asustaste, maldito seas!", pensó Vasili Andréievich. Pero incluso cuando comprendió la causa de su terror, no pudo deshacerse de él.

—Debo calmarme y reflexionar —se dijo a sí mismo, pero aun así no pudo detenerse, y siguió incitando al caballo a avanzar, sin darse cuenta de que ahora iba con el viento en lugar de contra él. Su cuerpo, especialmente entre las piernas donde tocaba el cojín del arnés y no estaba cubierto por sus abrigos, se estaba enfriando dolorosamente, especialmente cuando el caballo caminaba despacio. Sus piernas y brazos temblaban y su respiración se aceleraba. Se veía a sí mismo pereciendo en medio de este terrible desierto nevado, y no veía ningún medio de escape.

De repente, el caballo bajo él tropezó con algo y, hundiéndose en un ventisquero, comenzó a saltar y cayó de lado. Vasili Andréievich saltó, y al ha-

cerlo arrastró a un lado la cincha sobre la que descansaba su pie, y giró alrededor del cojín al que se aferraba mientras desmontaba. Tan pronto como saltó, el caballo se levantó con esfuerzo, se lanzó hacia adelante, dio un salto y otro, relinchó de nuevo, y arrastrando la estera y la cincha tras de sí, desapareció, dejando a Vasili Andréievich solo en el ventisquero.

Este último se apresuró tras el caballo, pero la nieve estaba tan profunda y sus abrigos tan pesados que, hundiéndose hasta las rodillas a cada paso, se detuvo sin aliento después de dar no más de veinte pasos. "El bosquecillo, los bueyes, la finca arrendada, la tienda, la taberna, la casa con el granero techado de hierro, y mi heredero", pensó. "¿Cómo puedo dejar todo eso? ¿Qué significa esto? ¡No puede ser!" Estos pensamientos pasaron por su mente. Luego pensó en el ajenjo sacudido por el viento, al que había pasado dos veces, y fue presa de un terror tal que no creía en la realidad de lo que le estaba ocurriendo. "¿Puede ser esto un sueño?", pensó, e intentó despertarse pero no pudo. Era nieve real la que golpeaba su rostro y lo cubría y enfriaba su mano derecha de la que había perdido el guante, y este era un desierto real en el que ahora se encontraba solo como ese ajenjo, esperando una muerte inevitable, rápida y sin sentido.

"¡Reina del Cielo! Santo Padre Nicolás, maestro de la templanza", pensó, recordando el servicio del día anterior y el icono sagrado con su rostro negro y marco dorado, y los cirios que vendía para ser colocados ante ese icono y que casi de inmediato le devolvían casi sin quemar, y que guardaba en el cofre de la tienda. Comenzó a rezar a ese mismo Nicolás el Milagroso para que lo salvara, prometiéndole un servicio de acción de gracias y algunas velas. Pero comprendió claramente e indudablemente que el icono, su marco, las velas, el sacerdote y el servicio de acción de gracias, aunque muy importantes y necesarios en la iglesia, no podían hacer nada por él aquí, y que no había ni podía haber ninguna conexión entre esas velas y servicios y su situación desastrosa actual. "No debo desesperar", pensó. "Debo seguir las huellas del caballo antes de que queden cubiertas por la nieve. Él me llevará fuera, o incluso puedo alcanzarlo. Solo debo no apresurarme, o me quedaré atrapado y estaré más perdido que nunca."

Pero a pesar de su resolución de avanzar con calma, se precipitó hacia adelante e incluso corrió, cayendo continuamente, levantándose y cayendo de nuevo. La huella del caballo ya era apenas visible en algunos lugares donde la nieve no era profunda. "¡Estoy perdido!", pensó Vasili Andréie-

vich. "Perderé la huella y no alcanzaré al caballo." Pero en ese momento vio algo negro. Era Mukhorty, y no solo Mukhorty, sino el trineo con los varales y el pañuelo. Mukhorty, con la lona y la cincha retorcida hacia un lado, estaba de pie no en su lugar anterior, sino más cerca de los varales, sacudiendo la cabeza que las riendas pisadas tiraban hacia abajo. Resultó que Vasili Andréievich se había hundido en el mismo barranco en el que Nikita había caído anteriormente, y que Mukhorty lo había estado llevando de regreso al trineo y se había bajado de su espalda a no más de cincuenta pasos de donde estaba el trineo.

## CAPÍTULO IX

Habiendo tropezado de regreso al trineo, Vasili Andréievich se agarró de él y permaneció inmóvil durante mucho tiempo, tratando de calmarse y recuperar el aliento. Nikita no estaba en su lugar anterior, pero algo, ya cubierto de nieve, yacía en el trineo y Vasili Andréievich concluyó que era Nikita. Su terror lo había abandonado por completo, y si sentía algún miedo era que el terrible terror que experimentó cuando estaba en el caballo y especialmente cuando se quedó solo en el ventisquero, volviera. A cualquier costo tenía que evitar ese terror, y para mantenerlo alejado tenía que hacer algo—ocuparse en algo. Y lo primero que hizo fue dar la espalda al viento y abrir su abrigo de piel. Luego, tan pronto como recuperó un poco el aliento, sacudió la nieve de sus botas y de su guante izquierdo (el guante derecho estaba irremediablemente perdido y para ese momento probablemente yacía en algún lugar bajo treinta centímetros de nieve); luego, como solía hacer cuando salía de su tienda para comprar grano a los campesinos, se bajó el cinturón y lo apretó y se preparó para actuar. Lo primero que se le ocurrió fue liberar la pata de Mukhorty de la rienda. Habiendo hecho eso, y atándolo a la abrazadera de hierro en la parte delantera del trineo donde había estado antes, iba a rodear la parte trasera del caballo para enderezar la cincha y el cojín y cubrirlo con la manta, pero en ese momento notó que algo se movía en el trineo y la cabeza de Nikita emergió de la nieve que lo cubría. Nikita, que estaba medio congelado, se levantó con gran dificultad y se sentó, moviendo su mano frente a su nariz de una manera extraña como si estuviera espantando moscas. Agitó su mano y dijo algo, y a Vasili Andréievich le pareció que lo llamaba. Vasili Andréievich dejó la manta sin ajustar y se acercó al trineo.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué dices?

—Estoy muriendo, eso es —dijo Nikita con dificultad y entrecortadamente—. Dale lo que me debes a mi hijo, o a mi esposa, no importa.

—¿De verdad estás congelado? —preguntó Vasili Andréievich.

—Siento que es mi muerte. Perdóname por amor de Cristo... —dijo Nikita con voz llorosa, continuando agitando su mano frente a su rostro como si espantara moscas.

Vasili Andréievich permaneció en silencio e inmóvil durante medio minuto. Luego, de repente, con la misma resolución con la que solía estrechar la mano al hacer una buena compra, dio un paso atrás y remangándose comenzó a quitar la nieve de Nikita y del trineo. Habiendo hecho esto, rápidamente desató su cinturón, abrió su abrigo de piel, y empujando a Nikita hacia abajo, se acostó encima de él, cubriéndolo no solo con su abrigo de piel sino con todo su cuerpo, que irradiaba calor. Después de meter los faldones de su abrigo entre Nikita y los lados del trineo, y sujetando el dobladillo con sus rodillas, Vasili Andréievich se quedó allí boca abajo, con la cabeza presionada contra la parte delantera del trineo. Allí ya no escuchaba los movimientos del caballo ni el silbido del viento, solo la respiración de Nikita. Al principio y durante mucho tiempo, Nikita permaneció inmóvil, luego suspiró profundamente y se movió.

—Ahí tienes, y tú dices que te estás muriendo. Quédate quieto y caliéntate, eso es lo que hacemos nosotros... —empezó Vasili Andréievich.

Pero para su gran sorpresa no pudo decir más, ya que las lágrimas llenaron sus ojos y su mandíbula inferior comenzó a temblar rápidamente. Dejó de hablar y solo tragaba los nudos en su garganta. "Parece que me asusté mucho y me he debilitado por completo", pensó. Pero esta debilidad no solo no era desagradable, sino que le daba una alegría peculiar como nunca antes había sentido.

"¡Eso es lo que hacemos!", se dijo a sí mismo, experimentando una extraña y solemne ternura. Permaneció así durante mucho tiempo, limpiándose los ojos en la piel de su abrigo y metiendo bajo su rodilla el faldón derecho, que el viento seguía levantando.

Pero deseaba tan apasionadamente contarle a alguien sobre su condición de alegría que dijo:

— ¡Nikita!

— Es cómodo, cálido — vino una voz desde abajo.

— Mira, amigo, iba a perecer. Y tú te habrías congelado, y yo debería...

Pero nuevamente su mandíbula comenzó a temblar y sus ojos se llenaron de lágrimas, y no pudo decir más.

— Bueno, no importa — pensó—. Sé sobre mí mismo lo que sé.

Permaneció en silencio y yacía así durante mucho tiempo.

Nikita lo mantenía caliente desde abajo y sus abrigos de piel desde arriba. Solo sus manos, con las que mantenía los faldones de su abrigo alrededor de los lados de Nikita, y sus piernas, que el viento seguía descubriendo, comenzaron a congelarse, especialmente su mano derecha que no tenía guante. Pero no pensaba en sus piernas ni en sus manos sino solo en cómo calentar al campesino que yacía debajo de él. Miró varias veces a Mukhorty y pudo ver que su espalda estaba descubierta y que la estera y la cincha yacían en la nieve, y que debía levantarse y cubrirlo, pero no pudo obligarse a dejar a Nikita y perturbar siquiera por un momento la condición de alegría en la que se encontraba. Ya no sentía ningún tipo de terror.

— No hay miedo, esta vez no lo perderemos — se dijo a sí mismo, refiriéndose a calentar al campesino con la misma jactancia con la que hablaba de sus compras y ventas.

Vasili Andréievich yacía de esa manera durante una hora, otra, y una tercera, pero no era consciente del paso del tiempo. Al principio, las impresiones de la tormenta de nieve, los varaes del trineo, y el caballo con el arnés sacudiéndose ante sus ojos, seguían pasando por su mente, luego recordó a Nikita que yacía debajo de él, luego los recuerdos del festival, su esposa, el oficial de policía y la caja de velas, comenzaron a mezclarse con estos; luego nuevamente Nikita, esta vez yaciendo debajo de esa caja, luego los campesinos, clientes y comerciantes, y las paredes blancas de su casa con su techo de hierro con Nikita yaciendo debajo, se presentaron a su imaginación. Después, todas estas impresiones se mezclaron en una nada. Como los colores del arco iris se unen en una luz blanca, así todas estas diferentes impresiones se mezclaron en una sola, y se quedó dormido.

Durante mucho tiempo durmió sin soñar, pero justo antes del amanecer las visiones recomenzaron. Le pareció que estaba junto a la caja de velas y que la esposa de Tikhon estaba pidiendo una vela de cinco kopeks para la fiesta de la iglesia. Quería sacar una y dársela, pero sus manos no se levantaban, siendo mantenidas apretadas en sus bolsillos. Quería rodear la caja pero sus pies no se movían y sus galoshes nuevos y limpios se habían pegado al suelo de piedra, y no podía levantarlos ni sacar sus pies de los galoshes. Luego la caja de velas ya no era una caja sino una cama, y de repente Vasili Andréievich se vio a sí mismo acostado en su cama en casa. Estaba acostado en su cama y no podía levantarse. Sin embargo, era necesario que se levantara porque Iván Matvéich, el oficial de policía, pronto vendría a buscarlo y tenía que ir con él—ya sea para negociar el bosque o para endeuzar la cincha de Mukhorty.

Le preguntó a su esposa:

—Nikolaevna, ¿no ha llegado todavía?

—No, no ha llegado —respondió ella.

Escuchó a alguien acercarse a los escalones delanteros.

—Debe ser él.

—No, ha pasado de largo.

—¡Nikolaevna! Digo, Nikolaevna, ¿no ha llegado todavía?

—No.

Todavía estaba acostado en su cama y no podía levantarse, pero siempre estaba esperando. Y esta espera era extraña y, sin embargo, alegre. Luego, de repente, su alegría se completó. Aquel a quien estaba esperando llegó; no era Iván Matvéich el oficial de policía, sino otro—sin embargo, era a quien había estado esperando. Vino y lo llamó; y fue él quien lo había llamado y le había dicho que se acostara sobre Nikita. Y Vasili Andréievich se alegró de que aquel hubiera venido por él.

—¡Voy! —gritó alegremente, y ese grito lo despertó, pero no despertó siendo en absoluto la misma persona que había sido cuando se quedó dormido. Intentó levantarse pero no pudo, intentó mover su brazo y no pudo, mover su pierna y tampoco pudo

, girar su cabeza y no pudo. Estaba sorprendido pero no en absoluto perturbado por esto. Entendió que esto era la muerte, y no estaba en absoluto perturbado por eso tampoco.

Recordó que Nikita estaba yaciendo debajo de él y que se había calentado y estaba vivo, y le parecía que él era Nikita y Nikita era él, y que su vida no estaba en sí mismo sino en Nikita. Aguzó el oído y escuchó a Nikita respirar e incluso roncar un poco. "Nikita está vivo, ¡así que yo también estoy vivo!" se dijo triunfalmente.

Y recordó su dinero, su tienda, su casa, las compras y ventas, y los millones de Mironov, y le costaba entender por qué ese hombre, llamado Vasili Brekhunov, se había preocupado por todas esas cosas con las que se había preocupado.

"Bueno, fue porque no sabía lo que era lo real", pensó, refiriéndose a ese Vasili Brekhunov. "No lo sabía, pero ahora lo sé y lo sé con certeza. ¡Ahora lo sé!" Y nuevamente escuchó la voz de aquel que lo había llamado antes. "¡Voy! ¡Voy!" respondió alegremente, y todo su ser se llenó de una emoción gozosa. Se sintió libre y que nada podía retenerlo más.

Después de eso, Vasili Andréievich no vio, oyó ni sintió nada más en este mundo.

Todo alrededor la nieve aún remolineaba. Los mismos torbellinos de nieve giraban, cubriendo el abrigo de piel del muerto Vasili Andréievich, al tembloroso Mukhorty, al trineo, ahora apenas visible, y a Nikita, acostado en el fondo del mismo, mantenido caliente bajo su amo muerto.

## CAPÍTULO X

Nikita se despertó antes del amanecer. Lo despertó el frío que había comenzado a arrastrarse por su espalda. Había soñado que venía del molino con una carga de harina de su amo y, al cruzar el arroyo, había perdido el puente y dejado que el carro se atascara. Y vio que se había arrastrado bajo el carro y estaba tratando de levantarlo arqueando su espalda. Pero, por extraño que parezca, el carro no se movía, se pegaba a su espalda y no podía ni levantarlo ni salir de debajo de él. Estaba aplastando toda su región lumbar. ¡Y qué frío se sentía! Evidentemente debía arrastrarse fuera. "¡Basta!" exclamó a quienquiera que estuviera presionando el carro sobre él. "¡Saque los sacos!" Pero el carro presionaba más y más frío, y luego escuchó un extraño golpeteo, se despertó completamente y recordó todo. El carro frío era su amo muerto y congelado acostado sobre él. Y el golpeteo lo producía Mukhorty, que había golpeado el trineo dos veces con su casco.

— ¡Andréievich! ¡Eh, Andréievich! — llamó Nikita con cautela, comenzando a darse cuenta de la verdad y enderezando su espalda. Pero Vasili Andréievich no respondió y su estómago y sus piernas estaban rígidos y fríos y pesados como pesas de hierro.

— ¡Debe haber muerto! ¡Que el Reino de los Cielos sea suyo! — pensó Nikita.

Giró la cabeza, cavó con la mano a través de la nieve a su alrededor y abrió los ojos. Era de día; el viento silbaba como antes entre los varales, y la nieve caía de la misma manera, excepto que ya no golpeaba el armazón del trineo, sino que cubría silenciosamente tanto el trineo como el caballo cada

vez más, y ni los movimientos del caballo ni su respiración se escuchaban más.

—Debe haberse congelado también —pensó Nikita sobre Mukhorty, y en efecto esos golpes de casco contra el trineo, que habían despertado a Nikita, fueron los últimos esfuerzos que el ya entumecido Mukhorty había hecho para mantenerse en pie antes de morir.

—¡Oh Señor Dios, parece que también me estás llamando a mí! —dijo Nikita—. Que se haga Tu Santa Voluntad. Pero es inquietante... Aún así, un hombre no puede morir dos veces y debe morir una vez. ¡Si tan solo llegara pronto!

Y nuevamente metió la cabeza, cerró los ojos y quedó inconsciente, plenamente convencido de que ahora estaba ciertamente y finalmente muriendo.

No fue hasta el mediodía de ese día que los campesinos desenterraron a Vasili Andréievich y Nikita de la nieve con sus palas, no más de setenta metros del camino y a menos de un kilómetro del pueblo.

La nieve había ocultado el trineo, pero los varales y el pañuelo atado a ellos aún eran visibles. Mukhorty, enterrado hasta su vientre en nieve, con la cincha y la manta colgando, estaba todo blanco, su cabeza muerta presionada contra su garganta congelada: carámbanos colgaban de sus fosas nasales, sus ojos estaban cubiertos de escarcha como si estuvieran llenos de lágrimas, y se había adelgazado tanto en esa única noche que no era más que piel y hueso.

Vasili Andréievich estaba rígido como una carcasa congelada, y cuando lo sacaron de Nikita sus piernas quedaron separadas y sus brazos extendidos como habían estado. Sus ojos de halcón saltones estaban congelados, y su boca abierta bajo su bigote recortado estaba llena de nieve. Pero Nikita, aunque estaba helado, aún estaba vivo. Cuando lo revivieron, estaba seguro de que ya estaba muerto y que lo que estaba ocurriendo con él ya no estaba sucediendo en este mundo sino en el otro. Cuando escuchó a los campesinos gritando mientras lo desenterraban y rodaban el cuerpo congelado de Vasili Andréievich de encima de él, al principio se sorprendió de que en el otro mundo los campesinos gritaran de la misma manera y tuvieran el mismo tipo de cuerpo, y luego, cuando se dio cuenta de que todavía estaba en

este mundo, se sintió más apenado que contento, especialmente cuando descubrió que los dedos de sus pies estaban congelados.

Nikita estuvo en el hospital durante dos meses. Le cortaron tres de sus dedos, pero los demás se recuperaron lo suficiente como para que aún pudiera trabajar y siguió viviendo durante otros veinte años, primero como jornalero y luego, en su vejez, como vigilante. Murió en casa como había deseado, solo este año, bajo los íconos con una vela encendida en sus manos. Antes de morir, pidió perdón a su esposa y la perdonó por el tonelero. También se despidió de su hijo y sus nietos, y murió sinceramente contento de estar liberando a su hijo y a su nuera de la carga de tener que alimentarlo, y de que ahora realmente estaba pasando de esta vida de la cual estaba cansado a esa otra vida que cada año y cada hora se volvía más clara y más deseable para él. Si está mejor o peor allí donde despertó después de su muerte, si se decepcionó o encontró lo que esperaba, pronto lo sabremos todos.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**